

# Mujeres

*tras un sueño*  
**por la ciencia**



**fundación sm**



Programa Adopte un Talento



**FUNDACIÓN SM MÉXICO**

**Directora**

Cecilia Eugenia Espinosa Bonilla

**Gerente**

Alicia Espinosa de los Monteros

**PAUTA**

**Consejo directivo**

Alejandro Frank Hoeflich

Alejandra García Franco

Jorge Hirsch Ganievich

Lucía Rivera

Alejandro Serralde Solórzano

Leonardo Serrano Carreón

**Directora general**

Gabriela de la Torre García

**Coordinadora de contenidos**

Myriam Rebeca Pérez Daniel

**Diseño**

Claudia Adriana García Villaseñor

**Fotografías**

Carlos Vargas

*Mujeres tras un sueño por la ciencia*

© Fundación SM 2018

© Programa PAUTA, adopte un talento 2018

Primera edición, 2018

D.R. © Fundación SM de Ediciones México, A.C., 2018

Magdalena 211, Del Valle, 03100,

Benito Juárez, México, Ciudad de México.

Tel: (55) 1087 8400

[www.ediciones-sm.com.mx](http://www.ediciones-sm.com.mx)

ISBN en trámite

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.



# Mujeres

*tras un sueño*  
por la ciencia



# ÍNDICE

<b>Presentación Fundación SM</b>	<b>7</b>
<b>Presentación PAUTA</b>	<b>11</b>
<b>Introducción</b>	<b>15</b>
<b>Ana Cristina</b>	<b>27</b>
<b>Ana Gabriela</b>	<b>37</b>
<b>Anastacia</b>	<b>43</b>
<b>Alma Delia</b>	<b>49</b>
<b>Bibi</b>	<b>55</b>
<b>Dayani Lizeth</b>	<b>63</b>
<b>Rosa Ángela</b>	<b>71</b>
<b>Guadalupe</b>	<b>77</b>

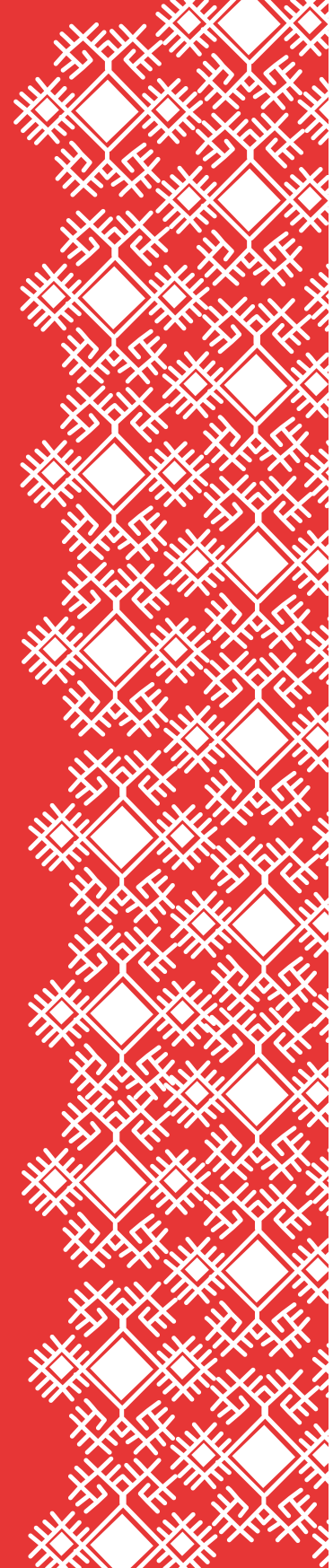




<b>Griselda</b>	<b>81</b>
<b>Karina</b>	<b>87</b>
<b>Leonarda Guadalupe</b>	<b>93</b>
<b>María Teresa</b>	<b>99</b>
<b>Nayeli Fabiola</b>	<b>107</b>
<b>Elizabeth</b>	<b>113</b>
<b>Viridiana Guadalupe</b>	<b>121</b>
<b>Valeria Guadalupe</b>	<b>125</b>
<b>Diana Vanessa</b>	<b>129</b>
<b>Verónica</b>	<b>135</b>

# Presentación

Fundación SM



**La Fundación SM es una institución educativa centrada en construir un mundo mejor para todos. A quienes formamos parte de ella nos mueve la pasión por abrir horizontes ante los grandes desafíos a los que se enfrenta nuestra sociedad y por generar condiciones que propicien el crecimiento integral de niñas, niños y jóvenes.**

Desde 1977, año en el que se creó Fundación SM, nos hemos esforzado por llevar a cabo diversas iniciativas encaminadas a mejorar la educación y la cultura en los diez países en los que estamos presentes: Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, España, México, Perú, Puerto Rico y República Dominicana, en colaboración con instituciones y organizaciones, tanto locales como globales, a través de proyectos enfocados en el servicio a los demás y en el bienestar colectivo.

Cuando, en 2008, iniciamos actividades en México, una de las primeras organizaciones que se acercó a nosotros con la intención de construir una alianza estratégica fue PAUTA, que en ese momento tenía un año de haberse fundado, y entre ambas instancias identificamos a la población que más apoyo requería dentro las que esa organización ya atendía.

De esa manera, en 2010, iniciamos esta travesía, una colaboración conjunta y una complicidad que ha perdurado hasta ahora en favor de las niñas y jóvenes de las comunidades chiapanecas, en las que existen marcadas desigualdades de género en cuanto al acceso, logro de aprendizajes y permanencia en la educación.

A pesar de que la educación ha avanzado en términos de cobertura en México, aún existen muchos impedimentos que dificultan a las niñas indígenas ejercer su derecho a la educación, entre ellos la pobreza; los usos y costumbres; el matrimonio y el embarazo a temprana edad;



la asignación de labores domésticas o de cuidado de algún miembro de la familia, o las largas distancias que, en ocasiones, tienen que recorrer para asistir a la escuela.

Es por ello que, entre la Fundación SM y PAUTA, hemos abierto la posibilidad de apoyar a niñas indígenas quienes han sido identificadas como destacadas por sus resultados académicos y habilidades para las ciencias. Este apoyo consistió en una beca y en el acompañamiento académico para facilitar que concluyeran sus estudios, con el objetivo de que adquirieran las herramientas que les permitirán desarrollar sus proyectos de vida y alcanzar sus sueños.

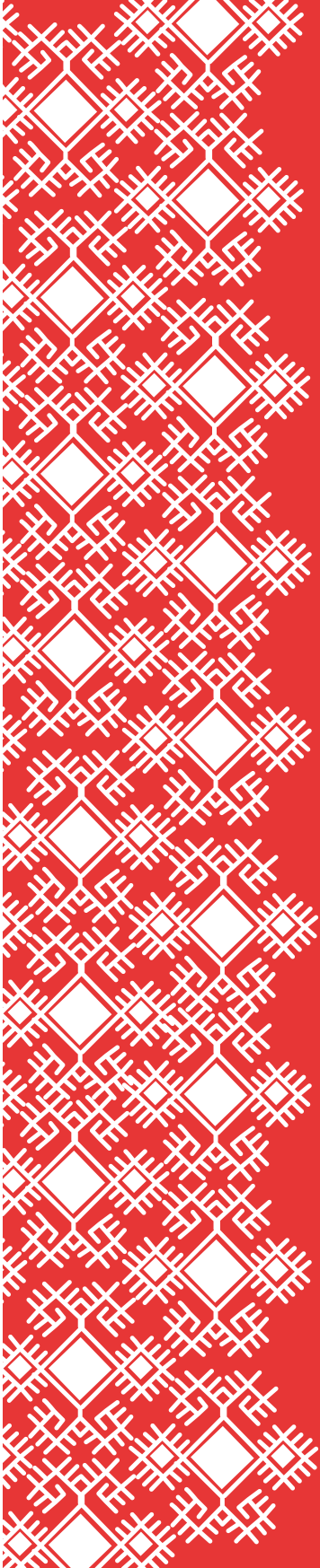
Son estas niñas quienes ahora nos comparten sus historias de vida y lo que han tenido que enfrentar para continuar estudiando, gracias a sus grandes esfuerzos personales y al apoyo de sus familias y de las organizaciones que las han acompañado.

Estos son casos de éxito que deben ser compartidos como vivo ejemplo de que sí es posible sortear las inequidades de la sociedad y que la educación abre un universo de posibilidades para enfrentar los retos que la vida ofrece.

Por esa razón, hoy nos sentimos profundamente orgullosos de esta primera generación de niñas –ahora jóvenes sobresalientes, con avidez de superación– acogidas por Fundación SM y PAUTA.

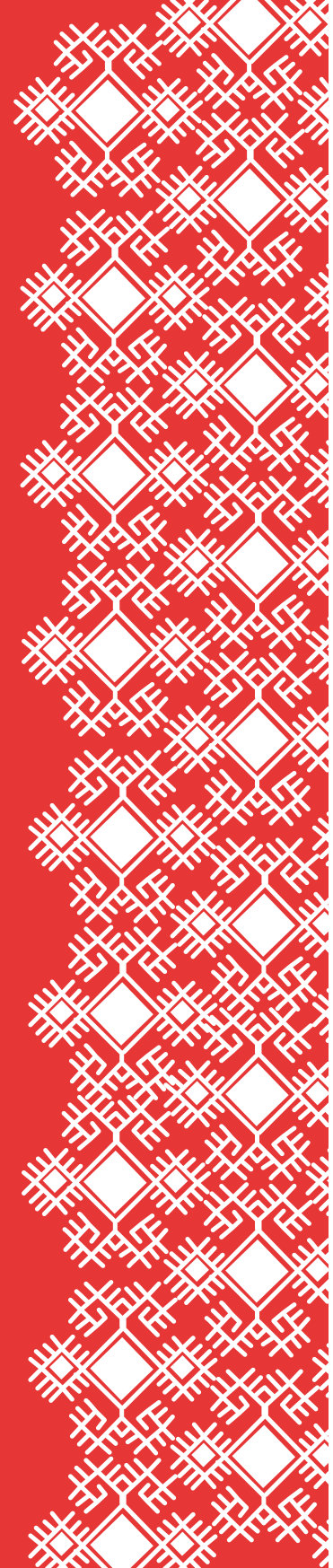
Estamos convencidos que los logros más significativos son aquellos que pueden compartirse con los otros y que ellas serán el ejemplo de siguientes generaciones en sus comunidades y de otras niñas y jóvenes que quieran seguir sus pasos.

**Cecilia Eugenia Espinosa Bonilla**  
DIRECTORA DE FUNDACIÓN SM MÉXICO



# Presentación

PAUTA



**El Programa Adopta un Talento (PAUTA) nació como un sueño. El sueño de que todos los niños y niñas del país tuvieran acceso a la educación científica.**

Ese sueño tuvo alas y voló desde la cabeza y el corazón de sus creadores para aterrizar en los corazones y las cabezas de muchos otros, quienes creímos en el proyecto y lo hemos acompañado de muy distintas maneras, y tuvo la fortuna de encontrarse con el corazón de la Fundación SM, que desde 2010 nos ha acompañado, con el fin de trabajar con las estudiantes que en esta ocasión nos presentan este libro, hecho con sus historias y sus dibujos.

Desde su creación, en 2007, hasta hoy, PAUTA ha trabajado con más de 6 mil 780 niñas, niños y jóvenes; con 5 mil 690 normalistas y profesores, y ha tenido la posibilidad de tocar y transformar su vida y las de sus familias.

En la actualidad, el programa tiene presencia en cinco estados de la República y busca —por medio de la impartición de talleres y proyectos de investigación— desarrollar habilidades científicas.

La presencia de PAUTA en San Cristóbal de las Casas nos ha permitido conocer a personas maravillosas no solo de los Altos de Chiapas, sino de regiones como la Selva, la Sierra y la Llanura. Los jóvenes, niñas y niños que acuden a PAUTA en San Cristóbal son tan diversos como su estado y, de hecho, como nuestro país; sin embargo, todos comparten la alegría por aprender y lograr que sus conocimientos lleguen a los demás.

El Proyecto PAUTA-SM ha buscado, desde sus inicios, constituir un espacio en el que mujeres estudiantes con talento para las ciencias puedan desarrollar sus habilidades y construir una comunidad femenina.

En ese espacio se recibió también a mujeres científicas de distintas instituciones del país, quienes atestiguaron el entusiasmo con el

que esas estudiantes habitan y construyen su mundo. Por ello, nos llena de alegría presentar este libro, que concreta un proyecto de hace muchos años.

De manera especial, agradecemos a la doctora Rebeca Pérez Daniel —alguna vez habitante de estas tierras— por ser artífice y prestar su mirada y su voz para que las estudiantes lograran concluir los textos e ilustraciones que dan cuerpo a este volumen.

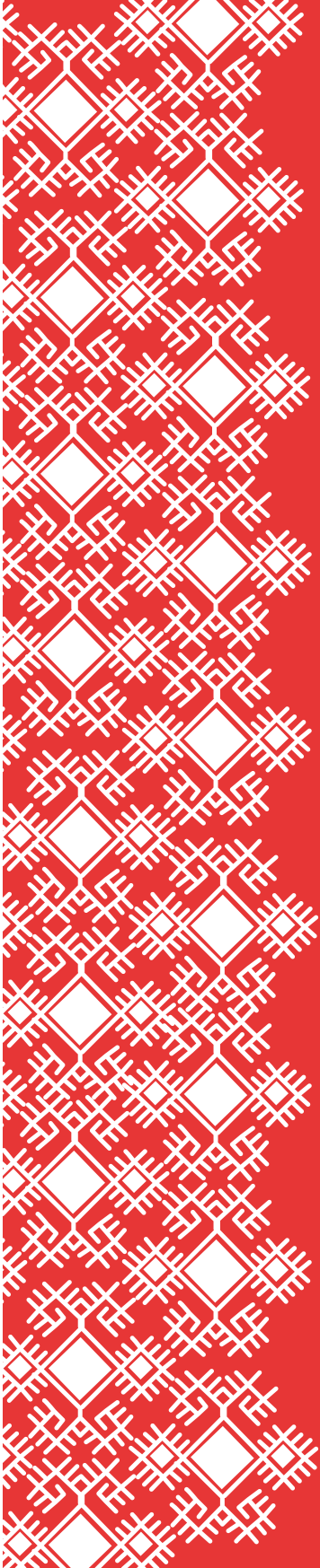
Quisiera agradecer, particularmente, a Alejandro Frank —fundador de PAUTA y amante de la ciencia y de Chiapas—, y a Richard Cisneros —quien comenzó este programa—, y también a Julio Cuevas y Carlo-magno Guillén, quienes acompañaron a los profesores que eligieron a las primeras estudiantes del proyecto; a la maestra Candelaria Hernández, y al maestro Luis Enrique López Reyes, por haberlas acompañado, con base en sus saberes y compromiso educativo.

Este libro no hubiera sido posible sin la voluntad y amor de Cecilia Espinosa; Elisa Bonilla, y Alicia Espinosa de los Monteros, de la Fundación SM, quienes han sido nuestras cómplices en la búsqueda de caminos para realizar los sueños. Y, más que nadie, a cada una de las jóvenes que transitaron por los meandros de este proyecto y a sus familias, que las respaldaron con su cariño.

Esperamos que este libro sea leído por muchas y muchos jóvenes, por muchas y muchos niñas y niños en México y en otros países. Queremos que, al leerlo, reconozcan la fuerza que hay en la diversidad, la voluntad, la entereza y las dificultades que enfrentan las mujeres jóvenes para andar el camino que implica construirse a sí mismas para labrarse su lugar en el mundo y desarrollar las herramientas que se necesitan para transformarlo.

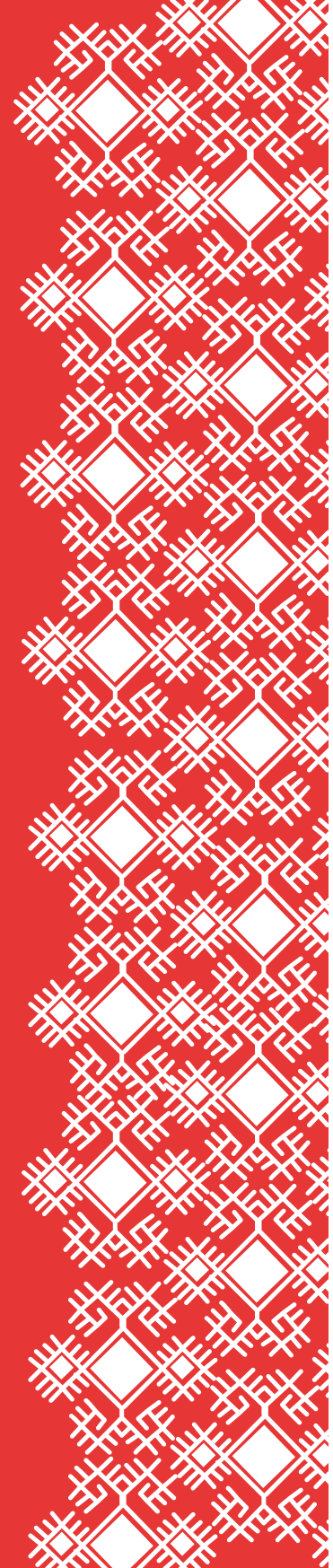
**Alejandra García Franco**

**MIEMBRO DEL CONSEJO DIRECTIVO DE PAUTA**



# INTRODUCCIÓN

Myriam Rebeca Pérez Daniel



**Pese a las políticas educativas** que favorecen el ingreso de las poblaciones indígenas a los distintos niveles educativos, el número de mujeres indígenas matriculadas es aún, inferior a lo que, en proporción, debería ser. Las que logran acceder, lo hacen luego de múltiples dificultades, mismas que continúan a lo largo de sus trayectorias escolares. Y pese a que estas políticas afirmativas llevan ya varias décadas instaladas en México, la mayoría de chicas que logran acceder a la media superior y superior son las primeras mujeres de su familia que logran hacerlo. Son, pues, las primeras mujeres indígenas estudiantes de sus contextos. ¿Cómo se visualizan a sí mismas?, ¿de qué elementos echan mano para concebirse?, ¿qué elementos retoman de la experiencia de su madre y de las otras mujeres de su familia para pensarse?, ¿qué elementos retoman de la experiencia de las mujeres con estudios con las que conviven en las instituciones educativas y en los medios y que son de obvias referencias occidentales?

Este libro desea reflexionar con ellas sobre esto. Para ello, se partió del texto autobiográfico. El texto autobiográfico implica tanto un acto de introspección, como de la configuración de una imagen para el espacio público. Se trata de hacer visible lo que se es, pero también reconstruir una versión de cómo se quiere ser visto por los demás. Por tanto, es un producto que sintetiza un conjunto de reflexiones: ¿en qué escenario se visualiza uno?, ¿quiénes participan en él?, ¿cuál es la relación con ellos?, ¿quién se es ante ellos?, ¿quién se quiere ser?, ¿quién se puede lograr ser?, etc. Desde una visión formal, un buen texto autobiográfico logra capturar la presencia subjetiva del que firma frente a quienes lo leen. Es decir, permite aflorar su personalidad pero siempre en relación de quien lo observa. Un buen texto autobiográfico,



por tanto, implica definirse ante los otros y en relación con ellos. ¿Quiénes son los otros para las estudiantes indígenas chiapanecas? Todos los jóvenes. Los que son como ellas y se han enfrentado a las mismas dificultades. Y también los que son distintos y, por no conocerlas, las han visto como invasoras de los espacios escolares superiores. Ellas han decidido mostrarse en sus textos desde sus logros y sus tropiezos para alentar a todos a construir espacios educativos incluyentes, diversos y libres.

Este libro compila, entonces, 18 autobiografías escritas por jóvenes estudiantes chiapanecas. A través de sus historias, ellas exploran su identidad como mujeres indígenas estudiantes. Las 18 autoras pertenecen al Programa Adopta un Talento (PAUTA). PAUTA es una iniciativa creada por investigadores del Instituto de Ciencias Nucleares de la UNAM para fomentar las vocaciones científicas en poblaciones vulnerables. En Chiapas, se traduce, además, a un programa de becas enfocado, particularmente, a jóvenes indígenas mujeres. Estas 18 chicas han estado becadas por casi cinco años. Gracias a ello han logrado cursar parte de su educación secundaria, preparatoria y universitaria. Sus edades oscilan entre los catorce y 23 años.

Como ejercicio de retribución, ellas estuvieron interesadas en reconstruir sus biografías para sensibilizar a otros sobre las dificultades que enfrentan las mujeres indígenas en su trayectoria escolar. ¿Quiénes son ellas?, ¿cómo se ven a sí mismas?, ¿cuál es su experiencia escolar?, ¿qué han aprendido?, ¿qué desean aprender?, ¿cómo quieren ser vistas?, ¿cómo se imaginan a sí mismas a diferencia del resto de las mujeres de su etnia? Ellas lo dan a conocer en sus textos a partir de sus propias experiencias.

La escritura autobiográfica, por definición, se sitúa en un tiempo y espacio determinados, definiendo con él un conjunto de relaciones que posibilita ver al sujeto que narra (las jóvenes indígenas estudiantes) y a los sujetos a quienes desean interpelar con su narración (otros

jóvenes estudiantes). Cualquier expresión que se de en ese escenario solo es posible interpretarla en el marco que conforma el escenario mismo. En este sentido, cada una de las historias aquí presentadas resultan interesantes por la experiencia vivencial que contiene, pero también porque refleja un punto de vista juvenil sobre la misma juventud y sobre la escuela. ¿Cómo se ven las jóvenes indígenas a sí mismas?, ¿cómo conciben a los otros jóvenes?, ¿qué dicen de la escuela?, ¿cómo presentan a la escuela frente a otros jóvenes? La escritura, tal como Abad lo sugiere, funge como mecanismo para situar la propia narración con las narraciones culturales, creando identidad y sentido de pertenencia. Se trata, pues, de jóvenes indígenas hablando con el imaginario que ellas tienen de otros jóvenes, sobre lo que ellas vivenciaron en su trayectoria escolar.

El fin último que pensaron las jóvenes para sus textos era un fin educativo: querían alentar a otros estudiantes a persistir en el estudio, pues, en su experiencia, es la única alternativa clara de desarrollo personal que tienen los jóvenes en los contextos mexicanos. Pero, curiosamente, con su ejercicio, enseñan más: hacer un texto biográfico promueve la autoexploración de la propia historia y la auto aceptación y, también, una visión crítica sobre el contexto y una integración a él.

La escritura autobiográfica, además, posibilita la transformación simbólica de la realidad, pues parte de sus contenidos son moldeados en la ficción. Para Wadeson (2010), esta posibilidad simbólica también es de construcción: construcción de sí mismo y de su realidad. Así, pues, estos textos autobiográficos integran esfuerzos de apropiación e invención cultural y personal. Al fin, como Wadeson (2010) señala, empodera y fortalece al yo. El ejercicio, por tanto, de apropiación e invención identitaria a través de la construcción biográfica, es un ejercicio de empoderamiento.

El ejercicio de escritura que hicieron estas jóvenes puede representar un ejercicio educativo decolonial. Se entiende por decolonial el proceso

que permite reconocer otras historias, trayectorias y formas de ser y estar en el mundo a las establecidas en la hegemonía. Los textos de las estudiantes se pueden pensar desde la decolonialidad en este sentido: como una exploración de trayectorias distintas por los espacios escolares.

Estos textos, además, favorecen el diálogo intercultural, pues posibilitan visibilizar las diferencias en las experiencias comunes. El ejercicio biográfico elaborado por las jóvenes indígenas las expone como miembros de su cultura, pero también las construye como agentes que reclaman un espacio particular: el de las jóvenes indígenas estudiantes. Al fin, este conjunto de textos es posible ubicarlo dentro del enfoque reconstructivo, dentro de las aproximaciones posibles para la atención a la diversidad cultural. El enfoque reconstructivo aspira a preparar a los involucrados para el cambio social a través del cuestionamiento y cambio de los sistemas normativos de la cultura dominante. Si bien las biografías no logran llegar a posicionarse críticamente ante los sistemas normativos de sus comunidades y de las comunidades escolares, sí permiten un punto de partida para reflexionar sobre los límites impuestos a las mujeres indígenas en los espacios escolares y sociales. ¿Qué luchas enfrentan en estos espacios para lograr incorporarse?, ¿por qué se asumen como normales esas luchas? Esta compilación aspira a generar este tipo de reflexiones que posibiliten, luego, la transformación de los espacios escolares y sociales, más de tipo reparador que combativo, pues lo que logran mostrar estas jóvenes es que su propio proceso de crecimiento las ha dislocado de su cultura y de la cultura hegemónica, ubicándose en un espacio intermedio que exige reconocimiento.

Este libro, al fin, pretende incitar, sí, actitudes de tolerancia y solidaridad pero sobre todo de consciencia transformadora sobre la realidad multicultural de los espacios escolares mexicanos. La escuela debería ser un espacio libre de violencia y un espacio de crecimiento para todos.

El texto autobiográfico genera una imagen de sí mismo, pero también, de la relación que se espera con los otros y con el entorno. La imagen genera una representación de los límites de nuestra identidad y de nuestra cultura pero también de nuestras potencialidades. Explorar y jugar con esa imagen posibilita romper simbólicamente esos límites y explorar nuevos terrenos.

Estos textos exploran, pues, la autoría indígena como función transformadora de la propia identidad y de las relaciones que se establecen con los otros, los no indígenas. La metodología de trabajo con la que fueron escritas estas historias es de tipo horizontal, dialogado y crítico, inspirado en la metodología de En tre-Voces propuesta por Corona Berkin (2007). El resultado es este que, esperamos, alcance los objetivos que sus autoras se propusieron.

















ANA  
CRISTINA



Mi nombre es Ana Cristina. Nací hace 23 años en San Cristóbal de las Casas, Chiapas; una ciudad que me gusta mucho y en la que he pasado la mayor parte de mi vida. Mi trayectoria académica comenzó a mis cuatro años, cuando mis padres me inscribieron al preescolar. Mi estancia ahí fue bastante agradable, pues conviví con niños y niñas de mi edad e hice mi primera amiga. A los seis años ingresé a primaria. Los primeros años los cursé como cualquier otra niña o niño, sin ningún sobresalto. Pero, ya en tercer año, las cosas cambiaron, pues me otorgaron mi primera beca debido a mi buen aprovechamiento. Esa fue una noticia inesperada. Una tarde, mientras me encontraba en casa, un chico tocó a la puerta preguntando por mi mamá. Yo le pregunté el motivo de su visita y él me dijo rápidamente: “El director de la escuela las espera; necesita hablar urgentemente con ustedes”. Sin saber la razón de esa urgencia, le comenté lo que me dijo el muchacho a mi mamá. Ella me dijo que fuésemos a ver de qué se trataba y fuimos. Resultó que el director nos esperaba para hacernos entrega de la beca. Ese momento fue bastante gratificante ya que era la primera vez que me otorgaban un reconocimiento por mi esfuerzo. Continué con la beca hasta terminar la primaria, pero un año antes de salir fui seleccionada para asistir a asesoría y seguimiento académico por parte de una asociación llamada La Chozita, A. C. Esta asociación fue fundada

por personas preocupadas e interesadas en contribuir con la educación de la niñez chiapaneca, por lo que visitaban diversas escuelas primarias de la ciudad para seleccionar a los niños y a las niñas con mejor rendimiento académico para apoyarles en sus estudios y, así, evitar su deserción. Después de ser invitada platicué con mis papás para pedirles permiso de asistir a las asesorías. Mi papá no estaba del todo convencido pero me dio permiso y mi hermana y yo fuimos a las asesorías todos los días por las tardes. Y, con esta experiencia, empezamos a salir de casa solas, en búsqueda de nuestros sueños.

A los doce años ingresé a la secundaria. Los coordinadores de La Chozita fueron quienes se encargaron de los trámites de inscripción. También le dieron seguimiento a nuestra formación académica, por lo que asistían a clases con nosotros algunos días al mes para evaluar el método de enseñanza que empleaban los profesores. Eso era incómodo para nosotros ya que ningún otro estudiante llegaba acompañado a tomar clases. Además, los asesores siempre cuestionaban el porqué de todo y, aun cuando se les explicaba, no entendían del todo. Luego de estas visitas, los encargados de las evaluaciones llegaron a la conclusión de que debíamos cambiarnos de escuela, ya que consideraban que la calidad de la enseñanza que ahí se impartía no era la adecuada para que nosotros tuviéramos buen aprendizaje. Yo no estaba de acuerdo pues veía que mis intereses personales no estaban siendo considerados por la asociación y como no estaba dispuesta a hacer lo que ellos querían, aun cuando pensarán que sería lo mejor para mí, tomé la decisión de seguir mis estudios de manera independiente, consciente de todo lo que perdería. Me retiré, entonces, de la asociación. Poco después, los de la asociación llegaron a mi casa para tratar de persuadirme de que regresara, pero al no poder convencerme, optaron por hablar con mis papás. Les dijeron que yo había hecho una mala elección y que intentarían interceder para convencerme de regresar. Mis papás hablaron conmigo y acepté regresar. Varios meses después me cambiaron de escuela y volví a asistir a las asesorías.

Para mí fue difícil adaptarme a la nueva escuela porque no conocía a los profesores. Además, mis nuevos compañeros no nos aceptaron a mi amiga y a mí. Tenían la idea de que nosotras, por venir de la escuela de donde veníamos, considerábamos a los demás como inferiores. Pero no era verdad. Aún así, su actitud hacia nosotras era poco amable y nos excluían de todas las actividades. Cuando nos dejaban trabajos en equipo, ellos no nos juntaban. Hacían sus equipos antes de clase, por lo que a la hora de organizarse, siempre quedábamos mi amiga y yo solas. Por eso trabajábamos aparte. Con el tiempo, la relación con mis compañeros fue mejorando aunque la relación de ellos con mi amiga no cambió. La criticaban por hablar su lengua materna, el tso-tsíl. A mí me parecía inaceptable que la molestaran por eso e intentaba hablar con mis compañeros para que no la discriminaran. Algunos de ellos lograron entender, pero otros no. Aun así, la mayoría se llevó mejor con mi amiga y eso la hizo sentir mejor a ella.

El último año de la secundaria llegó. Meses antes de la graduación mi papá falleció y eso provocó que mi familia decayera un poco. Además, pasamos por algunos desajustes económicos. A pesar de ello, seguimos adelante y evitamos provocarle más preocupaciones a mi mamá, pues ella ya tenía suficiente con asumir más responsabilidades hacia nosotros. Luego, llegó el momento en el que debía elegir la preparatoria a la cual asistiríamos mi amiga y yo. Al tener ambas el interés de estudiar algo relacionado con las ciencias, decidimos presentar el examen de selección en la Preparatoria del Estado No. 1 de San Cristóbal, dado que era la que ofertaba el área de Química y Biología. Así lo hicimos y tuvimos la buena suerte de ser seleccionadas, aunque esta vez habíamos quedado en grupos diferentes. Eso ya nos lo esperábamos así que lo tomamos de la mejor manera y decidimos trabajar duro para conseguir nuestros objetivos.

Todo iba bien hasta que un día la asociación dejó de funcionar por problemas económicos. Entonces, mi permanencia en la preparatoria

se veía amenazada, ya que la preparatoria se encontraba retirada de mi casa y, para trasladarme, debía tomar cuatro transportes colectivos, lo que implicaba un gasto considerable para mi mamá. A ella le preocupaba pero a la vez no deseaba que eso me impidiera seguir estudiando, por lo que me sugirió cambiarme a una preparatoria más cercana a mi casa para evitar el gasto de transporte y tener la certeza de que iba a poder terminar la educación media superior. Me arriesgué y tomé la decisión de inscribirme en la preparatoria No. 1, pues estaba decidida a seguir mis sueños. Al año de estar en la preparatoria y ver el esfuerzo que hacía mi mamá para poder proporcionarnos a mis hermanos y a mí lo necesario para continuar con nuestros estudios, decidí tomar un trabajo de medio tiempo para poder ayudarme con los gastos de la escuela. Mi mamá no estaba de acuerdo pero comencé a trabajar después de clase. Todo parecía encajar muy bien pero conforme pasaba el tiempo las exigencias de la escuela y el trabajo aumentaban, viéndose afectado mi desempeño en la escuela. Poco después, me informaron de la convocatoria para participar por una beca de la Secretaría de Pueblos y Culturas Indígenas (SEPCI) pero se la otorgaban solo a estudiantes que hablaran una lengua indígena y yo no hablaba ninguna en ese momento. Había tomado clases de tzeltal durante mi estancia en La Chozita por lo que decidí estudiar un poco más e intentar presentar el examen de dominio oral de la lengua. Al estar ante el experto, los nervios y los miedos me invadieron pero después de un rato se esfumaron. Me concentré en hacer el examen y esperé, al final, la decisión del evaluador. Afortunadamente los resultados fueron positivos. Ahí me di cuenta de que podía lograr cualquier cosa con solo proponérmelo, por más difícil que pareciera. Al tener en mi poder el documento probatorio del dominio de la lengua y demás documentos que solicitaban, acudí a la secretaría a realizar los trámites de la beca. En el camino para realizar el trámite me encontré con personas que trataron de persuadirme de no solicitar la beca, pues su experiencia

no era positiva. Pero, gracias a que mi familia siempre decía que nuestro destino lo construimos nosotros, opté por arriesgarme y solicitarla. Mientras esperaba el dictamen, continué trabajando y estudiando. Poco después me dieron la noticia de haber sido beneficiada con la beca y con ello confirmé lo que había pensado antes, que podía lograr cualquier cosa que me propusiera. Meses después dejé de trabajar, terminé la preparatoria y, entonces, me enfrenté ante el problema de elegir dónde y cómo estudiar la universidad.

A pesar de tener bien definido lo que quería estudiar y en dónde, hacer que pasara era algo que implicaba mucho trabajo. Tenía el deseo de estudiar en la UNAM la licenciatura en Ingeniería Química pero no sabía cómo solventar los gastos de hospedaje y alimentación, pues, aunque tenía la oportunidad de continuar con la beca de la Secretaría siempre y cuando pasara el examen de admisión de manera directa a la carrera elegida, este recurso era insuficiente. Así que, a pesar de mis deseos, me di cuenta que era mejor optar por algo más realista, sin dejar mis intereses, por supuesto. Resolví que lo mejor era quedarme cerca de casa. Tenía la posibilidad de estudiar Ingeniería Química en el Tecnológico de Tuxtla Gutiérrez, pero, debido a eventos ajenos a mí, no me fue posible obtener la ficha. Por eso elegí estudiar otra carrera que se apegara a mis intereses. Después de pensarlo un poco, las carreras que me parecieron buenas alternativas eran la Licenciatura en Biología de la UNICACH y la Licenciatura en Matemáticas de la UNACH. En este proceso de elegir la mejor opción conocí al doctor Julio, quien era, en ese momento, profesor de Física en Germinalia y La Chozita, A.C. Él, al conocer mi interés por estudiar algo de ciencia, me ofreció apoyo académico para la preparación del examen de selección, pues él era parte del equipo de trabajo del programa PAUTA. Posteriormente, él sería el coordinador. Tras el ofrecimiento del doctor Julio, acudí por las tardes a las oficinas de PAUTA, en San Cristóbal, para reforzar mis conocimientos de matemáticas. Poco después, presenté el examen de



selección en ambas universidades con el propósito de entrar a alguna de las licenciaturas. Primero salieron los resultados de la Licenciatura en Matemáticas y eran favorables para mí. Los resultados de la Licenciatura en Biología tardaban más, así que, para no perderme la oportunidad que se me estaba dando, me inscribí a la Licenciatura en Matemáticas. Cuando salieron los resultados de la Licenciatura en Biología me di cuenta que también había aprobado el examen. Entonces me encontré en un dilema: ¿cuál carrera elegir? Después de analizar la carga académica de ambas carreras, elegí la Licenciatura en Biología, pues sentí que era la que cubriría mejor con mis expectativas, aunque por un momento tuve la loca idea de cursar ambas carreras al mismo tiempo.

Ingresé a la carrera y el contacto con el doctor Julio continuó. Él me invitó a participar en los talleres que PAUTA impartía a los maestros de las comunidades y así fue como empecé a involucrarme en el proyecto. En un principio no me fue fácil involucrarme en las actividades con los profesores pero, conforme pasaron los días y con el apoyo de los que en ese momento trabajaban en PAUTA, fui mejorando. Un buen día y por el esfuerzo que hizo el doctor Julio por buscar una forma de apoyarme en mis estudios, se abrió dentro del programa un sistema de beca para los y las estudiantes de los profesores que acudían a los talleres de PAUTA y me inscribió. En ese momento comenzaron a otorgarnos una beca mensual a todas las becarias, lo que facilitó mi estancia en la universidad, ya que dicha beca me ayudaba a cubrir los gastos. Eso hizo que el proceso de adaptación se hiciera más llevadero pues era la primera vez en que me alejaba de mi familia y me encontraba en una ciudad que no conocía muy bien, sin amigos o familiares a quién acudir. Al principio, como en todo, fue un poco difícil pero conforme pasaban los días y formaba vínculos de amistad con mis compañeros, las cosas fueron mejorando.

Al pasar los años en la universidad fui disfrutando de cada una de las experiencias. Aprendí a convivir con mis compañeros, a disfrutar de los viajes de campo que semestre a semestre teníamos en algunas de las materias que cursábamos, a descubrir lo maravilloso de la naturaleza, a conocer nuevos lugares. En la travesía por la universidad, aprendí a separar la amistad del trabajo, a trabajar en equipo, a crear vínculos con otras personas y a perder el miedo, a identificar a las personas y a las cosas que me ayudarían a crecer y a evitar a aquellas que podrían truncar mi camino, como los vicios (alcohol y drogas) en los que muchos jóvenes caían al salir de sus casas. Gracias a la universidad realicé mi primer viaje fuera del estado. Fuimos a Tlaxcala, Tlaxcala, a una reunión intercultural a la que fui invitada por parte del Programa de Apoyo Académico a Estudiantes Indígenas de la Universidad (PAAEI), donde tuve la fortuna de compartir experiencias y conocer la cultura de jóvenes provenientes de los diferentes estados de la República mexicana. También, ante el deseo de realizar una estancia de investigación, participé y fui aceptada en el programa de estancias de iniciación a la investigación para estudiantes con alto desempeño académico, emitida por el Centro de Investigación y Desarrollo Tecnológico en Electroquímica (CIDETEQ). Ellos me asignaron al proyecto titulado “Celdas de combustibles microbianas para el tratamiento de aguas residuales”, bajo la supervisión del doctor Francisco, investigador del CIDETEQ. Ahí trabajé con estudiantes del doctorado. Debido a que concluí satisfactoriamente la tarea que me asignaron, me ofrecieron una beca para llevar a cabo mi investigación de tesis de licenciatura o, bien, para la maestría en el CIDETEQ. No acepté el ofrecimiento, pues tengo otros planes. He sido voluntaria en el Laboratorio de Análisis y Planta de El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR), en San Cristóbal. Debido al interés que fui desarrollando a lo largo de la carrera por la

genética y la biología molecular y el deseo de desarrollarme en esta área, hice mi servicio social en la colección ictiológica de ECOSUR, para poderme involucrar en un proyecto relacionado con la estructura genética de un pez endémico de San Cristóbal, *Profundulus Hildebrandi*, pero debido a mi carga académica se me dificultó un poco dicha actividad, aunque aprendí técnicas que quizá me puedan servir en otro momento, o como herramientas para desarrollarme en otras áreas. Esta experiencia me llevó a conocer a la investigadora que se dedica a desarrollar trabajos sobre cuestiones de genética y quien funge actualmente como mi directora de tesis. A pesar de haber tenido que trabajar y aprender de otras ramas de la Biología, hoy en día me encuentro trabajando en lo que siempre había querido. Es importante tener en cuenta que los obstáculos no siempre te limitan. Estos pueden servirte para motivarte y formar más tu carácter. Es mejor tomar las cosas buenas que nos deja cada experiencia y no verlas como fracaso, ya que algunas veces nos hemos de equivocar y eso está bien, es parte de la vida.

He aprendido que la vida no es fácil. Saber qué hacer con ella es aún más difícil, pero siempre habrá personas a tu alrededor que te pueden ayudar a encontrar lo que realmente quieras hacer con tu vida. Aprender y escuchar las experiencias de otros siempre ayuda a tener una mayor visión de las cosas para poder mejorar como personas y tomar mejores decisiones en la vida, para dar cada uno de los pasos que nos permitirá llegar a las metas establecidas. A todos los que se han identificado con mi historia, les puedo recomendar lo siguiente:

- Identifiquen sus intereses de acuerdo con sus habilidades, gustos e inquietudes. Si siempre los tienen presentes podrán tomar mejores decisiones sobre qué carrera seguir o qué actividades realizar.
- Acérquense y pregunten a profesores, amigos, asociaciones, instancias gubernamentales sobre apoyos que puedan brindarles para continuar sus

estudios y lograr sus objetivos. Existen muchos tipos de apoyo y alguno les será de utilidad.

- Esfuércense siempre para ser los mejores en lo que hagan. Eso les permitirá acceder a oportunidades que no son fáciles de conseguir.
- No hagan cosas solo por agradar a otros. No vale la pena. No comprometan su integridad por cosas poco benéficas para su desarrollo personal y profesional.
- Valoren cada una de las oportunidades que se les presenten. Aprécienlas y úsenlas con responsabilidad. Y, si es posible, ayuden a los demás siempre que puedan.

The background features a complex, abstract geometric pattern. It consists of various shapes, including triangles, rectangles, and irregular polygons, filled with a vibrant orange color. These shapes are set against a dark blue background, which is itself layered over a white base. The overall effect is a dynamic, multi-colored composition. In the center of the image, the names 'ANA' and 'GABRIELA' are printed in a bold, orange, sans-serif font. The text is positioned within a white circular area that has a small rectangular notch at the bottom center.

**ANA**  
**GABRIELA**



Soy Ana Gabriela y nací el 15 de enero de 1995 en la comunidad de Guaquitepec, municipio de Chilón, Chiapas. Soy la hija mayor de los ocho hijos que tuvo mi mamá. Como yo fui la primera en formar parte de la familia, mis padres me consentían mucho. Cuando cumplí un año, el día de mi cumpleaños, empecé a caminar. A los dos años pasaba todo el tiempo con mi bisabuela. Dejé de estar con ella cuando murió. A los tres años entré a estudiar el preescolar y me peinaba solita. Llevaba siempre algo de tomar a la escuela. Asistía de lunes a viernes porque me encantaba estudiar, pintar dibujos, contar números del uno al diez y cantar el abecedario. Cuando salí del preescolar, con mucho miedo y pena, pasé a bailar el vals. Eso recuerdo de mi primera infancia. Son recuerdos bonitos.

Al entrar a primaria comenzó una nueva etapa de mi vida escolar. Conocí nuevos compañeros y me encantaba estudiar. No quería faltar a mis clases. Incluso, cuando me enfermaba, hacía el esfuerzo de asistir para aprender más. Bueno, claro, si la enfermedad era grave, mi mamá no me dejaba ir a la escuela aunque se lo pidiera. A parte de las clases de la escuela, por las tardes me ponía a resolver ejercicios de matemáticas: sumas, restas, multiplicaciones y divisiones. Al inicio se me dificultaban las operaciones de dos o tres cifras por lo que mi papá me ponía ejercicios de tres cifras para que practicara. Me sirvió mucho

porque así fui desarrollando mi habilidad para resolver problemas matemáticos. Contar con el apoyo de mi papá me sirvió muchísimo. Él me animó más a echarle ganas y a cumplir con mis tareas.

En el segundo año de primaria mi papá me siguió apoyando con las tareas. Me revisaba mi libreta todos los días y me acompañaba a la hora de hacer la tarea. En el tercer grado de primaria todo cambió, pues a la mitad del ciclo escolar mi papá me sacó de clases porque había entrado en la organización del EZLN. Me fue muy difícil renunciar a la escuela pues tenía muchas ganas de estudiar, pero no tuve más remedio que aceptar. Pensé en abandonar a mi familia y buscar a alguna de mis tías para que me dejara vivir con ella y así yo pudiera seguir estudiando pero no me animé. Pensé en cómo le iba a hacer mi tía con mis gastos, así que al final me quedé con mi familia. Seguí estudiando en la escolita autónoma que forma parte de la organización del EZLN, pero era muy diferente a mi escuela de primaria. Me habían sacado de la primaria porque la escuela a donde iba era pública y, por tanto, era parte del gobierno y la organización no permitía formarse ahí.

Tiempo después, mi papá decidió retirarse de la organización y yo volví a dejar de estudiar, al igual que mi hermanita. De nuevo me costó trabajo porque para entonces estaba revalorando lo que había aprendido. Mi papá emigró a Playa del Carmen y nos quedamos solos mi mamá, mis hermanitos y yo. Pensé, entonces, en seguir estudiando porque veía a mis compañeros subir por mi casa rumbo a la escuela. Busqué la forma de seguir estudiando y hablé con mi mamá; ella habló con un tío y le dijo que yo aún tenía ganas de estudiar. Con ayuda de mi tío, entré nuevamente a la escuela. Mi tío me inscribió y de nuevo regresé al tercer grado, ahora con otros compañeros y compañeras, pues los que iban conmigo cuando dejé la escuela ya estaban en quinto de primaria. Ellos me animaron a seguir estudiando y terminar mis estudios. Al pasar a cuarto grado le puse todas las ganas que traía y obtuve una buena calificación, 9.6. Mi papá ya se había regresado a la

casa y estaba orgulloso de mí por haber continuado mis estudios y por ser la mejor alumna. Pero él fue poco a poco cambiando conmigo; en vez de apoyarme más, me empezó a desanimar. No me dejaba salir a hacer mis tareas en equipo ni me dejaba relacionarme con mis amigas y amigos. Ahí me di cuenta del machismo. No sabía qué hacer. No tuve su apoyo el resto de la primaria. Yo necesitaba escuchar sus ánimos pero no me apoyó. Tampoco lo hizo cuando pasé a secundaria. Yo me inscribí sola. Como yo tenía la voluntad y las fuerzas para enfrentar todo lo que se me presentaba en ese tiempo, aprendí a abrirme, a analizar las circunstancias, a actuar y relacionarme con otras personas para pedirles ayuda. Empecé a tomar decisiones y a demostrar que soy una persona que piensa. No me importó si mi papá ya no me dejaba estudiar, solo pensaba en seguir mi objetivo. El primer año y el segundo de secundaria obtuve buenas calificaciones. Me gustó estudiar en la escuela donde me inscribí, la secundaria Emiliano Zapata Salazar. Me gustó porque cada materia la impartían distintos maestros. Cuando estaba en segundo el director de la escuela me llamó a la dirección junto con una compañera. Pensé que había hecho algo malo, pero no era eso. Me llamaron para darme la gran sorpresa de que podía formar parte de PAUTA y recibir una beca para estudiar. Me emocioné muchísimo. Esa beca me ha ayudado mucho a seguir estudiando y a llevar más lejos mis habilidades.

Mi objetivo se cumplió, me gradué de la secundaria y me dieron el reconocimiento al segundo lugar en aprovechamiento. Cuando me lo dieron lloré de felicidad pues había podido demostrar mi esfuerzo y demostrar que como mujer sí podía lograrlo. No todas las mujeres pueden terminar sus estudios, muchas se quedan a mitad de camino. Y yo sí pude. Y lo mejor de todo fue que pude seguir estudiando. Cuando me inscribí a la preparatoria mi papá se dio cuenta de que se había equivocado en pensar que yo no podría seguir estudiando. No me importó si no le agradaba a mi papá o si la sociedad decía cosas de mí. A veces,



en las comunidades, a las mujeres se les limita. Yo pienso que no estaba haciendo nada malo. Yo solo quería conseguir lo que anhelaba. Por eso no hacía caso de lo que me decían. Hoy estoy cursando la preparatoria con nuevos compañeros y compañeras. De todas las chicas que estábamos en la secundaria juntas solo quedamos dos. Los demás son puros chicos. Estoy en la preparatoria de Guaquitepec y ahí estudiamos los que somos de ahí y los que vienen de otras comunidades.

Mi vida, hasta ahora, ha sido un gran camino. Valoro mucho los obstáculos que se me han presentado pues me han hecho esforzarme. Gracias a eso he aprendido a que debemos luchar con voluntad y fuerza para conseguir lo que uno quiere. No importa lo que digan de ti, el único que tiene la verdad sobre ti mismo eres tú, por lo que no deberías hacer lo que otros quieren que hagas. Sigue tu sueño, sigue tu camino. Si tienes ganas de lograr algo, realmente, encontrarás la forma de hacerlo. El mayor estímulo para esforzarnos en el estudio y en la vida es el placer del mismo trabajo, el placer de los resultados y la conciencia del valor de esos resultados para la comunidad. Nunca consideres el estudio como un deber sino como una oportunidad para llegar al maravilloso mundo del saber. Por eso, a quienes leen esta historia y se identifican con mi experiencia, les recomiendo:

- Aprovechar el estudio. Es una oportunidad de crecimiento. Disfrútenla.
- No dejen de estudiar solo por lo que dicen los demás. Desde afuera ellos no saben el valor que tiene el estudio. No hagas caso y sigue estudiando.
- Aprovecha el tiempo libre para reforzar tus habilidades. Resulta divertido y productivo.
- Aprende a compartir con otros lo que sabes. En la reciprocidad podrás seguir aprendiendo.
- Ten claro tu objetivo en la vida y lucha por él.





**ANASTACIA**



Soy Anastacia. Mis padres son Juana y Miguel. Soy la cuarta hija de seis en total. Nací el 2 de mayo de 1987 en una comunidad que se llama Talonhuite, del municipio de San Andrés Larrainzar. A los tres años entré al jardín de niños Sor Juana Inés de la Cruz, que está a ocho minutos de mi casa. Me llevaban mis hermanos y hermanas porque la primaria estaba a un lado del kínder y mis hermanos y hermanas estaban estudiando ahí. Me gustaba mucho ir al kínder porque nos daban de desayunar a todos los que asistíamos a clase, pintábamos con crayolas y dibujábamos. A veces la maestra nos daba papel de china de colores para que hiciéramos bolitas y las pegáramos sobre las hojas para iluminar alguna ilustración. Eso me gustaba mucho. Pero lo que no me gustaba era que me tenía que regresar sola a mi casa porque mis hermanos y hermanas aún estaban en clase. Aun así, terminé los tres años del kínder.

Después, entré a la primaria José María Morelos y Pavón, que estaba a lado del jardín de niños. En el kínder nos habían enseñado las vocales y algunas letras del abecedario. Ya en la primaria, me aprendí todas las letras y a relacionarlas para formar palabras. Tenía un maestro que nos explicaba bien y no me costó mucho trabajo aprender. De primero a tercero obtuvo una calificación casi de diez. Cuando estaba por terminar el tercer año de primaria a mi hermano mayor le llegó una

invitación de un internado que se encuentra en Zinacantán, que está como a una hora y media de donde yo vivo. Estaba en otro municipio, pues. Les dije a mis papás que yo quería ir a estudiar a ese internado también y me dijeron que no podía porque solo tenía nueve años. También mi hermano, que es un año mayor que yo, quería ir (él estaba en cuarto grado de primaria). Luego de pensarlo, mis papás decidieron que si mis hermanos me acompañaban, entonces sí podía ir. Mi mamá me decía que, de cualquier forma, no me iba a hallar en ese lugar porque iba a extrañar a mi familia. Y sí. Los primeros días en la escuela Centro de Integración Social No. 9 (CIS 9) me sentí bien pero al tercer día empecé a extrañar a mi mamá. Entonces buscaba a mi hermano para no sentirme triste. No ayudaba el que la mayoría hablaba tzeltal, porque eran de otros lugares. Yo no hablaba español. Sí entendía, pero no hablaba nada, por lo que no podía conversar. El tzeltal no lo entendía. Yo hablaba solo tzotzil y había muy pocos compañeros que hablaban mi lengua. Por eso me sentía sola y me ponía triste. Pensé en regresarme a mi casa, pero no lo hice. Aguanté. Superé la tristeza y poco a poco me acostumbré. Se volvió un hábito ir a visitar a mi familia cada vacación. También aprendí a valorar a mi familia porque yo no siempre estaba cerca de ellos. Fui a estudiar lejos de mi familia para conocer otros lugares y salir de mi comunidad. Se presentó esta oportunidad y la quise aprovechar. En esos tres años de internado conocí a niños y niñas de otros municipios. Sí afectó en mis estudios el cambio, porque de tener casi diez, en cuarto año de primaria obtuve un seis. Me sentí mal al ver que bajé tanto de calificación. Sentía que en esa escuela iban más avanzados o tenían otra forma de enseñar. Por ejemplo, en mi comunidad no había eso de que teníamos que investigar o hacer cuestionarios. En el internado sí teníamos que hacer tareas, contestar cuestionarios, investigar en libros. En quinto y en sexto de primaria empecé a subir un poco de calificaciones; ya me estaba acostumbrando al ritmo de esa escuela. Un día, tres meses antes de la clausura

de ese ciclo escolar, llegó alguien de mi familia y nos dijo a mi hermano y a mí que nuestro hermano mayor, Filiberto, el segundo en el orden de nacimiento y que estaba estudiando el bachillerato en la Preparatoria No. 2, había tenido un accidente. Una semana después, llegó mi hermano mayor, el primero en nacer, a pedir permiso al internado para que mi hermano y yo regresáramos a casa pues mi hermano Filiberto había fallecido. Fue un golpe de la vida muy fuerte. Pero eso no me impidió seguir adelante. Al salir del sexto grado de primaria regresé a mi casa para quedarme a estudiar en el pueblo y estar cerca de mi familia.

Entré a estudiar a la Escuela Secundaria Técnica No. 57 (TEC 57). Después de una semana de clases yo ya no quería seguir porque era muy cansado. Salía de mi casa a las seis de la mañana para poder llegar a las siete. Era una hora de camino a pie. Yo caminaba porque no tenía dinero para pagar el pasaje, pues había una camioneta que pasaba a las 6:30 de la mañana cerca de mi casa y llevaba a los que podían pagar. Todos los días caminaba una hora en la mañana y una hora en la tarde. Aunque estaba estudiando en mi pueblo me sentía sola. Había chicas de mi comunidad que se llevaban bien entre ellas porque estudiaron juntas la primaria en la comunidad y, como yo no estudié con ellas, no me hablaban. Empecé a juntarme con otras chicas de otras comunidades y me sentía contenta por tener amigas. Poco a poco me fui acostumbrando a caminar, pues ya tenía un motivo para ir a la escuela. Las clases me gustaban, era diferente a la primaria. Eran materias diferentes y había un maestro o una maestra diferente para cada materia. Y así se me fueron los tres años de la secundaria.

Después, entré al Bachillerato. Ahora le tenía miedo a la noche. La Escuela de Bachilleres estaba en otro pueblo, en una comunidad que estaba a una hora a pie de mi casa y tenía el turno vespertino. Me desanimé por eso, pues, cuando me inscribí, no había otro turno disponible. Yo no tenía dinero para rentar un cuarto y tampoco conseguí un trabajo

donde emplearme y conseguir dinero para pagar una renta y quedarme a dormir en la otra comunidad. Total que, por eso, dejé de estudiar.

Estuve fuera de la escuela por ocho años. Empecé a tejer con mi mamá y teníamos un ingreso económico, pero era muy bajo y llegó un momento en el que me puse a pensar: ¿qué voy a hacer después? Decidí tomar un curso de computación y, después, me fui a vivir a San Cristóbal de las Casas. Fue difícil adaptarme a vivir sola, pero lo más difícil fue conseguir trabajo porque pedían tener el bachillerato terminado como grado mínimo de estudios. Fue, entonces, cuando me decidí a estudiar la preparatoria en un sistema abierto. Pero antes de que buscara la escuela, me ofrecieron un trabajo en donde me pagaban bien y me dieron la oportunidad de estudiar en un sistema escolarizado. Me costó adaptarme a estudiar en las tardes, pues era turno vespertino, pero quería estudiar y terminar la prepa. Querer es poder. Conocí a muchos compañeros y compañeras de diferentes lugares e hice amigos pronto. Aún sigo en comunicación con ellos. Cuando estaba en el primer semestre, yo le echaba muchísimas ganas al estudio y, gracias a eso, a que tenía buena calificación en los primeros exámenes, llegué a PAUTA. Me contactó la maestra Candelaria y el maestro Luis y me ofrecieron la oportunidad de seguir adelante con mis estudios e, incluso, terminar una carrera que me permitiría defenderme mejor en esta vida.

Ahora estoy estudiando la carrera de Administración de Empresas Turísticas. La verdad es que pensé que nunca iba a llegar a la universidad cuando dejé la escuela, pero si uno se lo propone, sí se puede. Aunque sea tarde, pero sí se puede. Me veo ahora como una mujer exitosa, con una mejor calidad de vida. Quiero devolverle a mi mamá un poco de lo que ella me dio porque ella es quien siempre me apoyó para seguir adelante y lograr mis objetivos. Quiero ayudar a mi mamá en lo que pueda. A mi papá lo admiro porque lee y se ayuda, a partir de lo que dicen los libros, y resuelve sus dudas. No está muy interesado en nosotros ni nos anima mucho, pero ahí está y lo quiero mucho. Mi mamá es todo

para mí. A mi mamá la admiro porque da todo y hace todo lo que está en sus manos para sacar adelante a sus hijos. Es lo máximo para mí.

Aprendí, con mi historia, que siempre hay oportunidades para salir adelante. Cuando esas oportunidades se me presentaron yo las tomé y las asumí. Así fue cuando fui al Internado, cuando fui a vivir a San Cristóbal, cuando me ofrecieron ese trabajo en el que debía estudiar y cuando me invitaron a PAUTA.

Por eso, a los que leen mi historia y se identifican con ella, les recomiendo que:

- Tomen todas las oportunidades que se les presenten en la vida. Es muy feo pensar después en qué hubiera pasado si hubiera hecho esto o si hubiera ido a tal lugar. Si no nos atrevemos nunca vamos a saber qué hubiera pasado.
- Convivan y disfruten a sus papás y hermanos. No siempre los tendremos cerca y, cuando no estén, los extrañaremos muchísimo.
- Acostúmbrense al cambio. Las circunstancias no siempre nos permitirán permanecer en la comodidad. Es mejor aceptar los cambios y adaptarse a ellos.
- No hay ningún problema que sea un impedimento real para seguir adelante. Si ven con detenimiento, podrán ver que nada les impide lograr los objetivos que se han propuesto.
- Sean disciplinados y constantes. Eso siempre trae buenas recompensas.



The image features a large, white, stylized letter 'U' centered on a background of orange and yellow geometric patterns. The patterns consist of thick, rounded lines forming various shapes like squares, triangles, and zig-zags. The 'U' is a simple outline with a small triangular cutout at the top. Inside the 'U', the text 'ALMA DELIA' is written in a bold, orange, serif font.

**ALMA DELIA**



Hola, mi nombre es Alma Delia. La historia de mi vida inicia cuando nací el 1 de septiembre de 1999, en el municipio de Benemérito de las Américas, Chiapas. Mis papás son Eloísa y Raúl y tengo tres hermanos menores: Nehemías, Ángel Gabriel y Sara. Casi no recuerdo nada de cuando yo era pequeña. Mi recuerdo más antiguo es cuando tenía tres años y entré al preescolar. Recuerdo el primer día de clases. Generalmente los niños lloran ese día, pero yo no lloré. A mí me encantaba ir a la escuela porque aprendía cosas nuevas y jugaba mucho. En mi casa casi no jugaba porque mis hermanos eran más pequeños que yo y no sabían cómo jugar y a mis primos no les gustaba jugar, pues eran ya mayores, iban a la primaria y tenían sus propias cosas que hacer. Así que no tenía con quien jugar en casa y en el preescolar, donde había más niños de mi edad, sí. Por eso me encantaba ir. Mi mamá pronto se dio cuenta de que aprendía muy rápido y empezó a enseñarme a leer y a contar. Por eso, cuando entré a la primaria, no se me complicaron mucho las clases.

Mi primer año en la primaria fue bonito ya que conocí a muchos niños e hice amigos pronto. En el segundo año me cambié de escuela, pues mi familia se mudó a San Cristóbal de las Casas. Me tocó, entonces, conocer otro lugar y nuevas personas. Realmente fue un gran cambio porque también cambió nuestra rutina. Todos los días me le-

vantaba temprano para desayunar y cambiarme. Luego, mi prima Lola pasaba por mí y nos íbamos juntas a la escuela, pues ella ya iba en quinto y mi mamá le pedía ese favor, ya que mi mamá trabajaba y no podía irme a dejar a la escuela personalmente. Mi mamá trabajaba como maestra en una comunidad que estaba lejos de San Cristóbal y los fines de semana estudiaba en la normal. En realidad, trabajaba y estudiaba desde que yo estaba en primero, pero nos llevó con ella cuando entré a segundo porque nos extrañaba. Mi papá también trabajaba, pero la verdad es que no sé de qué, porque, en ese entonces, él vivía en Veracruz pues mis papás estaban peleados. Mi papá tomaba mucho y a veces se drogaba y mi mamá no quería que nosotros viéramos eso y por eso se separaron. Solo hablaba con él por teléfono y nos mandaba dinero a mí y a mi hermano. Cuando nos mudamos a San Cristóbal, mi mamá estaba embarazada y dio a luz cuando estábamos en segundo. Sin embargo, mi hermanito murió. Mi papá nunca fue a verla y eso la hacía estar aún más enojada con él. Lo perdonó hasta que mi papá entró a rehabilitación y dejó de tomar y drogarse. Después de todas esas dificultades que pasaron en mis primeros años de primaria, fue una satisfacción poderle decirles a ambos que, pese a todo, me habían dado un diploma muy bonito y que había sacado puro diez en todos los bimestres. Pero, bueno, estaba apenas en que en segundo de primaria me cambié de escuela y de ciudad.

Cuando llegué me sorprendí pues hacía mucho frío y yo no estaba acostumbrada, pues donde vivía hacía calor. La escuela estaba a dos cuadras de mi casa y pese a que mi prima Lola iba a la misma escuela yo me sentía rara porque no conocía a nadie. Además, no podía participar en clase, pues enseñaban de un modo diferente. Y aunque me costó mucho trabajo adaptarme, al fin lo hice y me fue bien. El tercer año ya no fue tan difícil porque ya conocía mejor a mis compañeros y la forma en que daban clase. Cuando entré a cuarto grado me cambiaron de profesor pues la maestra que me había estado dando clases se

jubiló. Ese maestro tenía otra forma de ser, pues les daba preferencia a los niños. A las niñas nos apartaba y casi no nos enseñaba nada. Eso molestó a mis papás y a los papás de las demás niñas de mi grupo, así que protestaron y corrieron al maestro. Y nos mandaron un nuevo profesor que resultó ser muy amable y que nos enseñó mucho y no hacía distinción entre niños y niñas. Cuando entré a quinto año me tocó otra maestra que también era buena y nos enseñaba mucho. Ese año fue muy impactante para mí ver que una de mis amigas dejó la escuela porque sus papás la habían comprometido con un joven de 24 años y se iban a casar. Eso, la verdad, yo nunca lo había visto y se lo comenté a mi mamá y me dijo que era típico de esos lugares, porque en la comunidad donde ella trabajaba eso pasaba con frecuencia. En sexto año me dieron clases, por primera vez, de filosofía y lectura. Estas clases las impartían las psicólogas de USAER (Unidad de Servicios de Apoyo a la Educación Regular) solo una vez a la semana. A mí me gustaban mucho, así que algunas compañeras y yo nos quedábamos a la hora del recreo y nos daban talleres que eran muy interesantes. A veces nos aplicaban pruebas y otras cosas extrañas, pero era interesante. Cuando terminé sexto coincidió que mi mamá también se graduó de la universidad y, con su ejemplo, me dio una gran lección pues ella trabajaba, estudiaba y estaba al pendiente de mí, de mi hermano y de mi hermanito, que tuvo después de que perdiera a su tercer bebé. Verla en su graduación me motivó a seguir estudiando.

Cuando entré a la secundaria fue muy bonito porque sabía que era un gran paso para continuar con mis estudios. Para mi sorpresa, los de USAER me localizaron y me dijeron que había obtenido una beca por parte del programa PAUTA. Me dijeron que iba a asistir a encuentros en donde conocería a otras chicas de diferentes lugares y que aprendería mucho. Me sentí muy contenta. Rara, pero contenta. La verdad es que me ha gustado mucho ser parte de PAUTA y no solo por el apoyo económico, sino por todos los aprendizajes que me daban con las con-

ferencias y charlas de las científicas. Cuando las escuchaba me ponía a pensar en todo lo que habían hecho para lograr ser lo que son ahora. Aprendí muchísimo y eso me ha ayudado en la escuela. Por ejemplo, cuando entré a segundo de secundaria la maestra de Física nos hablaba de neutrones y, gracias a PAUTA, yo ya sabía qué eran, así que participaba en clase y la maestra se quedaba muy sorprendida. Cuando entré a tercero de secundaria me sentí orgullosa de mí misma porque ya había avanzado un pedazo del largo camino de formación que me esperaba. Al finalizar el año me dieron un diploma por mis calificaciones y por mi desempeño, lo cual me llenó de satisfacción. También me sentía feliz porque mi mamá acaba de tener a mi hermanita, su quinto bebé, y pues yo estaba emocionada porque ya no iba a ser la única niña en la familia. Al principio me asusté pues mi hermanita nació prematura porque mi mamá tuvo un accidente cuando iba a trabajar. Pero todo salió bien y yo estaba contenta de ser la hermana mayor.

Ahora estoy en la preparatoria y me siento muy feliz porque todo lo que he aprendido en PAUTA lo puedo poner en práctica y compartir con mis amigos y compañeros y, así, dar un poquito a los demás de lo que PAUTA me ha dado a mí. Yo siento que programas como este te pueden llevar hasta donde tú te propongas, pero tienes que enfocarte y no vencerte ante cualquier obstáculo. Tenemos que seguir adelante para lograr tener un futuro provechoso y feliz.

Así que, si tú realmente te lo propones, puedes lograr hacer tus sueños realidad. Quisiera recomendarle a otros que viven un camino parecido al mío lo siguiente:

- No dejen que nadie decida por ustedes su futuro. Cada uno es dueño de su propio camino. Proyecta, entonces, tus metas, y lucha por ellas.
- Estudiar es bonito, emocionante, desafiante. Atrévete a disfrutarlo y verás que no te arrepentirás.
- No estudies porque te obligan. No estudies para ser alguien en la vida, pues tú ya eres alguien en la vida. Estudia porque es emocionante. Estudia por gusto. Eso puede enseñarle a otros a seguir tus pasos.





**BIBI**



Soy de una comunidad que se llama La Gloria, del Municipio de la Trinitaria, en Chiapas. Ahí vive muy feliz mi familia, disfrutando de la vida de ese bello lugar, rodeados de la naturaleza. Todos los que viven en esa comunidad son refugiados. Habían huido de Guatemala en la época de la guerrilla. Se establecieron ahí pues se encuentra muy cerca de la frontera entre México y Guatemala. Mi familia es refugiada, también. Yo me llamo Bibi. Mis padres, originarios de Guatemala, se llaman María y Felipe, son campesinos y trabajan la tierra. Tengo hermanos y hermanas y vivimos todos juntos en esta comunidad. Mis otros familiares viven en Guatemala y otros viven también en La Gloria. Mi abuelita Juana también vive con nosotros; ella es madre soltera. Su pareja murió a causa de la guerra que hubo en Guatemala.

Desde niña quería estudiar en la escuela rural de mi comunidad. Ahí estaba el preescolar, que era una escuela hecha de caña, con techo de cartón. Cuando llovía todo se mojaba. Yo me tapaba con un plástico pero al llegar a mi casa estaba toda sucia, llena de lodo y mojada. Aun cuando me la pasaba mal por eso, yo iba todos los días al jardín de niños. Mi mamá me iba a dejar y mi papá me esperaba a la salida. Mi papá me consentía mucho y todas las tardes me llevaba a jugar fútbol en el campo de la comunidad. Un día, sin embargo, todo cambió. Mis papás, al ver que no teníamos recursos, que había mucha pobreza y notar que



el presidente municipal no hacía nada para cambiar las condiciones de la comunidad, decidieron irse a los Estados Unidos. Yo estaba muy triste, pues mi vida cambiaría por completo. Esa tarde mis papás se despidieron de nosotros y se fueron. Nos dejaron encargados con mi abuelita Juana. Mi hermano, que en ese momento tenía tres años, no se dio cuenta de nada. Mi hermana apenas tenía 8 meses de edad. Se me hizo muy triste que mi mamá dejara a su bebé. Me deprimí. Sentía que ya no volvería a ver a mis papás. Mi abuelita Juana fue un gran apoyo pues me ayudó a superar la partida de mis padres. En cada día festivo ella lograba que los tuviéramos presentes; el día de las madres, en navidad, en año nuevo, etc. Mi abuelita nos acompañó en los momentos felices y en los tristes. Terminé el preescolar con mucho esfuerzo y con ayuda de mi abuelita. Yo ya no quería ir a clase pero gracias a ella fui a la primaria. El primer año sufrí mucho porque nadie me ayudaba a estudiar o hacer la tarea, pues mi abuelita es analfabeta. Me costó muchísimo trabajo terminar la primaria y sufrí mucho porque los maestros no me ayudaban y tenían actitudes machistas. Nos trataban mal a las niñas. Afortunadamente, en sexto de primaria me tocó una maestra y ella sí me apoyó. Luego de mucho luchar pude terminar la primaria. Cuando me gradué de primaria fue un momento muy feliz para mí y para mi abuela, pues obtuve el primer lugar en aprovechamiento. Para entonces, ya casi no me acordaba de mis papás. Mi abuela Juana lo es todo para mí, padre y madre. Me sentí muy contenta de poder compartir ese logro con ella. Es muy importante no dejarnos rendir por los obstáculos de la vida, más si una es mujer. Creo que a nosotros nos cuesta más trabajo podernos desarrollar en los estudios. Por eso, luego de este logro, seguí estudiando.

Recuerdo la secundaria como los años más divertidos y especiales porque fue una etapa de mi vida llena de alegrías, tristezas, enojos y travesuras. Tenía unas amigas muy rebeldes y desobedientes. Yo me empecé a portar como ellas. No entrábamos a clase, desobedecíamos a

la maestra y yo desobedecía a mi abuela. Mi abuela, al ver que me comportaba así, me dijo que me iba a sacar de la escuela. Mi maestra me aconsejó que dejara de portarme así porque eso me iba a traer problemas. Yo no hice caso y un día me salí a escondidas de la escuela con mis amigas. Nos fuimos de paseo y llegamos a nuestras casas ya de noche. Mi abuela se enojó mucho conmigo y me pegó. Desde esa vez dejé de salir con mis amigas. Me di cuenta que no podía seguir así, por mi propio bien y por el de mi hermano y mi hermana. Mis papás se habían ido para darnos una mejor calidad de vida pero yo no lo había entendido. Durante mucho tiempo sentí rencor porque ellos nunca regresaron. Yo sabía que me había comportado así de mal por eso, porque no los había perdonado por irse. Pero empecé a darme cuenta que era un error estar enojada y que mi comportamiento le estaba causando dolor a mi abuela y que, además, estaba desperdiciando los grandes esfuerzos que hacían mis papás para mandarnos dinero a mis hermanos y a mí para que nosotros estudiáramos. Empecé, pues, a tomar conciencia de mis actos. Pensé que gracias a mis papás yo estaba estudiando y podía vivir mejor. Pensé que yo debía pagar con esfuerzo el esfuerzo que ellos hacían y que ya no debía hacer enojar a mi abuela Juana. Si yo me comportaba mal mis hermanos se iban a comportar mal también, por seguir mi ejemplo. Pensé, mejor, en portarme bien para que ellos sintieran orgullo y siguieran también mi ejemplo. Entonces, me fui comportando mejor y empecé a obedecer a la maestra y a mi abuela. Mi abuela, al ver que ya me comportaba mejor, no me sacó de la escuela y me permitió concluir la secundaria. Cuando me concentré en la escuela, al principio me costó trabajo entender todas las asignaturas, pero después me empezó a ir mejor y logré concluir la secundaria con éxito, pues obtuve el segundo lugar en aprovechamiento. Creo que es importante tener a tus papás con uno. Es importante valorarlos y valorar lo que ellos hacen por uno. También es importante valorar lo que uno mismo hace. Si uno no valora su esfuerzo, ¿quién lo hará? Los logros de uno dependen también de nuestra fortaleza y de las ganas que tenemos para seguir adelante.

Después de la secundaria, lo más difícil fue ingresar a la preparatoria porque mi abuela Juana no me permitía seguir con mis estudios. Ella decía que todas las jóvenes de mi comunidad que entraban a estudiar la preparatoria, después no la terminaban porque se casaban o quedaban embarazadas. Mi abuela tenía miedo de que yo me embarazara o me casara joven. Ella prefería que me quedara en la casa. En su comunidad, las mujeres no estudiaban. Por eso, las personas de La Gloria también opinaban que las mujeres no debían estudiar, que debían mejor dedicarse a los quehaceres de las casas. Intenté convencer a mi abuela de que no todas pensábamos así, que efectivamente había jóvenes que no valoraban la confianza que los padres les daban y que, en vez de sacarle provecho al estudio, se metían en vicio. Pero yo no era así, yo valoraría mucho la confianza para seguir estudiando porque mi sueño era terminar una carrera y no tener que emigrar como lo hicieron mis papás. Yo no quería repetir la misma historia. Le insistí y le insistí, hasta que mi abuela se convenció y me inscribió a la preparatoria. El primer año me costó mucho porque los gastos eran muchos y mis papás no mandaban mucho dinero. Busqué, entonces, una beca para poder continuar con mis estudios y obtuve la beca que otorga la Secretaría de Pueblos y Culturas Indígenas (SEPCI). Luego fui a unas conferencias en San Cristóbal de las Casas. Esa fue una experiencia muy especial, ya que fue la primera vez que salía fuera de mi comunidad. Me costó mucho trabajo que mi abuela me diera permiso para ir. Las maestras tuvieron que hablar con mi abuela y, hasta entonces, me permitió ir. Yo estaba feliz. Disfruté mucho ese viaje además de que esa experiencia cambió mi vida, pues, gracias a ella, me uní a PAUTA y obtuve la beca que otorgan para seguir mis estudios. Gracias a ambas becas, en el 2013, me gradué de la escuela COBACH. Así le demostré a mi abuela que, si uno se lo propone, uno puede lograr lo que desea.

El siguiente paso era la universidad. Para mí representaba un gran reto, pues implicaba dejar mi comunidad y despegarme de mi abuela y

de mis hermanos. Además, nunca había estado varios días fuera de mi casa. Me daba miedo, incluso, lo que las personas mayores de mi comunidad dirían de mí por irme, por sus usos y costumbres. Al final, me animé a salir de la comunidad y mudarme a Tuxtla Gutiérrez para estudiar. No me gustó la ciudad y me costaba mucho trabajo adaptarme. Solo estuve como quince días y, al final me di por vencida y me regresé a mi casa. Estaba muy decepcionada. Mi mamá, quien me había apoyado para que siguiera estudiando, se enojó conmigo y me dejó de enviar dinero. Yo me deprimí, no solo por mi propia decepción, sino por la decepción que vi en los demás. Me puse tan triste que ya no quería seguir estudiando. Las personas que trabajan en PAUTA y las maestras de la secundaria me animaron a seguir y me dijeron que la fundación SM me apoyaría con una beca para continuar mis estudios. Eso me hizo decidir continuar, pero, la verdad era que yo no sabía qué estudiar. Probé en tres universidades hasta que, al fin, quedé en una y empecé a estudiar de nuevo. Sin embargo, aún con el apoyo de la beca, no me alcanzaba el dinero. Pero, en esta ocasión, no me di por vencida. Busqué trabajo y encontré en el centro de salud de mi comunidad. Hoy en día estudio y trabajo. Estudio en una universidad particular los días domingo, por lo que viajo solo ese día. Y, por otra parte, trabajo de lunes a viernes en mi comunidad. Ahora, mi sueño es estudiar una maestría. Por mí, seguiría estudiando siempre, pues es lo que más me gusta. Pienso que si uno tiene las ganas y la fortaleza para seguir estudiando se podrá seguir estudiando. Conseguir lo que uno quiere depende de uno mismo y de las ganas de seguir adelante. Me ha ido bien y estoy feliz con mis estudios y con lo que he vivido. Mis papás no han regresado y no creo que regresen de Estados Unidos. Ellos han tenido más hijos allá y ahora trabajan para mantenerlos a ellos. Yo sigo aquí y seguiré adelante.

Lo que me motiva ahora es ver la pobreza en la que vive mi comunidad. Yo no quiero hacer lo que mis papás hicieron de irse para no

enfrentar esto. Mi plan es seguir estudiando y apoyar a mi abuela Juana. Ella es mi ejemplo a seguir. Por eso quiero estudiar, además de que quiero seguir siendo parte de PAUTA. Lo que he aprendido es que en todo momento uno enfrenta obstáculos pero depende de uno vencerlos o no. Otros te podrán animar y orientar, pero, al final es uno quien debe enfrentarlos y vencer. Si alguien se identificara con mi historia, le recomendaría que:

- Luchara siempre por lo que desea.
- No le haga caso a las críticas de los demás.
- Busque apoyo en distintas instancias. Siempre habrá una manera de poder continuar con los estudios.
- No debe dejarse influenciar por los amigos porque no siempre nos enseñan cosas buenas. Es necesario que uno aprenda a tomar sus propias decisiones y a pensar antes de actuar.
- Valore a sus padres por el esfuerzo que hacen para que estudie.



DAYANI LIZETH





Soy Dayani Lizeth y les contaré mi historia de una manera breve, pues han sido muchas experiencias las que he vivido, pero trataré de explicar y contar solo las más importantes en mi vida y que me han dejado una marca o recuerdo imborrable. Quisiera empezar por contarles de mi familia, pues son una parte muy importante de mi vida. Les contaré cómo son y qué impacto han tenido en mi formación como persona y qué tanto me han servido para descubrir qué quiero de esta vida y a dónde debo ir. Yo soy la cuarta y última hija de mis padres. Antes de mí está una hermana y dos hermanos más, y hemos vivido en compañía de dos tíos que no fueron bendecidos para tener hijos, y a mis hermanos y a mí nos han visto como los hijos que no pudieron tener. Así que, por fortuna, he crecido en una familia donde abunda el amor. Les cuento esto porque saber la historia de mi familia me ha hecho aprender a valorar lo que tengo.

De mis hermanos, fui la única que nació en una ciudad con atención médica profesional. Nací en Teopisca y mis papás tenían poco de haberse mudado ahí. Antes, ellos y mis abuelos vivían en un rancho cercano a una colonia, donde era muy difícil estudiar porque tenían que salir de ahí caminando por mucho tiempo. Pero en esa situación y en ese tiempo el estudio no era indispensable como lo es ahora. Además, ellos no contaban con servicio eléctrico y la casa donde vivían



era bastante humilde por lo que, incluso, estuvieron expuestos a animales peligrosos en su propia casa. Por esa misma situación, ellos decidieron, junto con mis abuelos, vender su rancho y sus tierras y comprar una casa en Teopisca. Cuando se mudaron, mis hermanos empezaron a estudiar pues entonces aún estaban chiquitos y pudieron empezar sus estudios de primaria. Yo tuve la fortuna de entrar a un jardín de niños, cosa que mis hermanos no pudieron hacer. Yo crecí en un hogar donde había amor y apoyo e, incluso, creo que fui más mimada que mis hermanos. En cuanto a lo escolar, desde chica aprendí a hacer mis tareas por mi cuenta y no culpo a mis papás por ello, pues aunque ellos me hubieran querido ayudar no sabían o no tenían el hábito del estudio. Aun así yo siempre obtuve el mejor promedio de mi grupo. El no recibir apoyo de nuestra familia no es motivo para no aplicarnos al estudio. Es, más bien, una oportunidad de conocer nuestras fortalezas y hacernos más responsables. ¿Y qué hice en el periodo de la primaria? Como todo niño, viví muchos momentos divertidos y felices, porque en todos esos seis años no se me presentó ningún obstáculo ni en mi vida escolar ni fuera de ella. Al contrario, recibí muchas alegrías porque empezaron a reconocermme por mis calificaciones. En quinto grado me eligieron para asistir a un curso en San Cristóbal de las Casas impartido por PAUTA, quienes se convirtieron en parte importante de mi vida un año después.

Tenía doce años cumplidos cuando ingresé a la secundaria. Al principio todo parecía ir bien pero saqué una calificación más baja a lo que yo estaba acostumbrada a sacar y tuve muchísima pena en mostrarles la calificación a mis papás. Ellos reaccionaron exactamente igual a si hubiera sacado mis calificaciones de siempre. Mi papá siempre me ha apoyado en todo y mi mamá siempre ha estado al pendiente de mí. Al finalizar el primer ciclo escolar parecía que me estaba acostumbrando a no tener una nota de excelencia y me di cuenta que a mis papás parecía darles igual si sacaba un siete o un diez. Esa fue, quizá,

la primera piedra en el camino que me hizo caer y darme cuenta que el estudio era solo un reto mío y mi responsabilidad. Mío era el esfuerzo y también mi recompensa y no les podía reclamar a ellos nada, sino al contrario, debía estar agradecida de que me estuvieran permitiendo estudiar y de que yo no me preocupara de ningún gasto. Ahí me levanté y empecé a luchar y a fijarme metas por mí misma. De todo se aprende y gracias a esto puedo decir que es muy bonito cuando aprendemos a luchar y a esforzarnos por nosotros mismos.

En ese entonces mi familia empezó a notar que se venía para abajo económicamente hablando. Mis hermanos mayores dejaron de estudiar y formaron su propia familia. Mi otro hermano ya no quiso seguir estudiando y empezó a trabajar. Creí que yo debía hacer lo mismo, pero, afortunadamente me becó PAUTA y, hasta la fecha, sigue siendo mi sostén para seguir estudiando. Además, con esta beca asisto a conferencias que me han ayudado con mi preparación personal y ha sido una de mis mayores motivaciones para seguir adelante con mi estudio y con mis anhelos de superarme más. Eso fue lo más trascendente que ocurrió durante la secundaria.

Al momento de entrar a la preparatoria se desatan una serie de circunstancias que me han enfrentado a fuertes decisiones sobre las que sigo pensando. ¿Qué estrategias he usado para salir adelante? El confiar en Dios y no querer defraudar a las personas que están confiando en mí. Uno de mis primeras decisiones fuertes a las que me enfrenté implica justo esto. Yo creo mucho en Dios. Mi familia es católica pero yo decidí cambiarme a una religión cristiana y mis padres respetaron mi decisión. Ahí empecé a notar que soy yo quien decide qué quiero para mi vida.

Empecé a notar que tengo que esforzarme aún más por estar bien en mis estudios ya que eso me beneficia y también siento que es un modo de no fallarles a las personas del programa PAUTA que se fijaron y están confiando en mí.

Mi familia empezó a estar aún más mal económicamente. Mis hermanos se encuentran en la misma situación y esperan conseguir un buen trabajo. Eso ha despertado en mí el anhelo de algún día poder ayudarlos y darles una mejor vida. Quizás esa sea mis más grande motivación para superarme: el ver las lágrimas de mis padres y escuchar sus palabras diciéndome que se están esforzando lo más que pueden por mí porque quieren que al menos yo me supere y no viva lo que ellos han tenido que vivir, que ellos tienen su confianza en mí. Eso es lo que me motiva cada vez que siento que mis fuerzas se agotan, porque conforme pasa el tiempo mis pruebas y obstáculos aumentan.

He tenido la fortuna de ver personas que han enfrentado situaciones peores a las que me han tocado a mí y han podido salir adelante y han logrado sus metas. Eso también me ha motivado. El tiempo que estamos viviendo es un tiempo difícil en muchos aspectos, donde las jovencitas abandonan sus estudios a temprana edad y se casan o simplemente toman el estudio como un pasatiempo o como el lugar donde pueden conocer personas. Eso a mí no me pasa porque siento que tengo claro lo que quiero y eso me ha llevado a no defraudar mi familia y demostrarles que pienso diferente. Pero, por el mismo motivo, siento la presión de toda mi familia, pues ellos han puesto su confianza en mí en todos los aspectos, principalmente en que quieren que me supere en los estudios y tener una vida distinta.

Así como ha habido personas dentro y fuera de mi familia que me han apoyado, también ha habido personas que dicen que yo no podré lograr mis metas y sueños, que me desaniman y que quizá me han herido en el momento, pero al final también me motivan a seguir adelante para demostrarles que están equivocados. Afortunadamente no he tenido grandes obstáculos en mi camino que me hayan impedido continuar con mis sueños. Quiero, más bien, recalcar la importancia que tiene el apoyo de la familia en la vida de nosotros los jóvenes estudiantes. Sin él, no podríamos continuar.

Me llama la atención que las pruebas y las cosas que más me han ayudado a decidir y saber qué es lo que en verdad quiero para mi vida han ocurrido en el corto periodo de la preparatoria. Sé que aún vienen más cosas que tendré que enfrentar, pues me falta mucho por vivir, pero también sé que no será tan difícil, pues ya sé que es lo que quiero y a donde debo dirigirme. No puedo negar que, a pesar de tener metas, como jóvenes pasamos por momentos en los que nos da miedo el futuro, pero creo que si uno ya encontró las razones por las cuales luchar será más fácil poder superar esos temores.

Esto ha sido, prácticamente, lo más relevante en mi vida. Me he dado cuenta que, conforme los años van avanzado, van aumentando los obstáculos en el camino que tenemos que recorrer. Pero es muy satisfactorio fijarnos metas y darnos cuenta que las hemos cumplido y que valió la pena el esfuerzo y todo lo vivido. Eso me lleva a fijarme otra meta aún más grande y luchar por cumplirla. Por eso pido a quien lea mi historia que no se queden pasivos y sigan adelante con sus estudios, pues ese es el camino que deben seguir, al final encontrarán el éxito. Recuerden que nunca es tarde para fijarse metas, y, si ya las tienen, empiecen a luchar por sus sueños, porque nada es imposible. No paren hasta ver sus sueños realizados.

Por ello, les aconsejo lo siguiente:

- Tomen la responsabilidad sobre sus estudios. En la escuela, tanto los triunfos como los fracasos son suyos. Nuestros padres solo nos apoyan pero es nuestra responsabilidad aprovechar lo que ahí aprendemos.
- Agradecemos siempre el apoyo que nos dan. Esa debe ser nuestra fortaleza y nuestra motivación. No podemos defraudar a quienes han confiado en nosotros.
- Esfuércense por alcanzar sus metas. Todos tenemos miedo y creemos que no podemos lograr lo que nos hemos propuesto, pero debemos persistir hasta cumplir lo que nos propusimos. Sí se puede.







**ROSA ÁNGELA**



Me llamo Rosa Ángela. Nací en el barrio de los Ángeles, en una comunidad llamada El Pinar del municipio de San Cristóbal de las Casas, el 27 de enero de 1997. Entré al kínder cuando tenía dos años y medio. Yo creo que porque le estorbaba a mi mamá, pues ella tenía un cargo en la comunidad. Ella era representante del programa de gobierno “Oportunidades” y cuando tenía pláticas o reuniones me mandaba a la escuela. De cualquier forma, me acostumbré a la escuela y me gustaba mucho. La maestra nos trataba muy bien y siempre hacíamos cosas divertidas como dibujar, pintar y sembrar flores. También sembrábamos elote y, en la temporada de lluvia, la maestra hacía una fogata y asábamos los elotes mientras cantábamos. Íbamos mi hermano y yo en el mismo grado, pues él es casi dos años mayor que yo. Mi maestra del kínder y yo somos, ahora, buenas amigas. De hecho, ella me comentó hace poco que cuando era niña yo cantaba alabanzas en tzotzil. Sin duda alguna, esa etapa dejó huella en mi vida. Sin embargo, cuando salí del kínder hubo un problema con mi acta de nacimiento. Al parecer, en el momento en que me registraron hubo una equivocación con el año de nacimiento y no podía pasar a primaria porque, según el acta, me faltaba un año. Pero yo no quería cursar el kínder otra vez. Optaron por corregir el acta y pude, al fin, entrar a primaria. Yo ya sabía leer, aun cuando solo había cursado el kínder, pues había asistido a



un concurso de lectura en San Cristóbal de las Casas, aunque no recuerdo qué lugar obtuve. Lo que sí recuerdo es que, antes de entrar a primaria, ya sabía leer.

Entré a primaria y todo siguió normal. Cuando estaba en el segundo grado, nació mi hermano Jhony. También, ese año, conocí a mi maestra Manuela. Con ella también me llevé muy bien. Ella me conocía tal como era. Afortunadamente, fue mi profesora por tres años. En el segundo año tuve muy buenas calificaciones, pero, cuando ingresé al tercer año, mi papá se fue a los Estados Unidos Americanos. Sufrí muchísimo por eso pues yo lo quiero mucho y lo extrañaba. Por eso, bajé de calificaciones por la tristeza. La maestra mandó llamar a mi mamá y mi mamá le contó lo que pasaba. Entre las dos me animaron. Poco a poco comprendí que se había ido para buscar otras oportunidades de trabajo allá y poder cubrir las necesidades económicas de la casa. Y cuando él se fue, mi mamá hizo todo lo posible para sacarnos adelante. Ella nos enseñó a trabajar en el campo desde pequeños y nos motivó a seguir adelante. Además, como ella hablaba con mi papá, me decía que si tenía buenas calificaciones, mi papá regresaría pronto. Yo mejoré mis calificaciones y mi papá cumplió su promesa y volvió cuando me gradué de primaria. Yo estaba muy feliz y motivada para seguir estudiando, así que entré a la Escuela Secundaria Técnica No. 80 (EST 80), ya que era la secundaria que me quedaba más cerca de mi casa. Todos los días tenía que caminar dos horas para llegar a la escuela, aun cuando estuviera lloviendo. Sin embargo, eso no era lo más difícil. A mis compañeros no les gustaba la idea de que una chica de comunidad estuviera estudiando la secundaria y se burlaban de mí, me molestaban y me criticaban. Bueno, no todos. Yo nunca se lo dije a nadie. Igual, iba todos los días a la escuela porque yo quería terminar la secundaria y lo logré, a pesar de lo que mis compañeros me decían. Yo tenía a mis papás, a los dos, conmigo, y eso fue lo que me motivó a salir adelante. Mi papá siempre ha dicho que la única herencia que nos ha de dejar es el estudio

y ya que él me daba la oportunidad y se sacrificaba por mí, no debía desaprovechar. Por eso les tengo mucho cariño a mis papás. En particular, a mi papá.

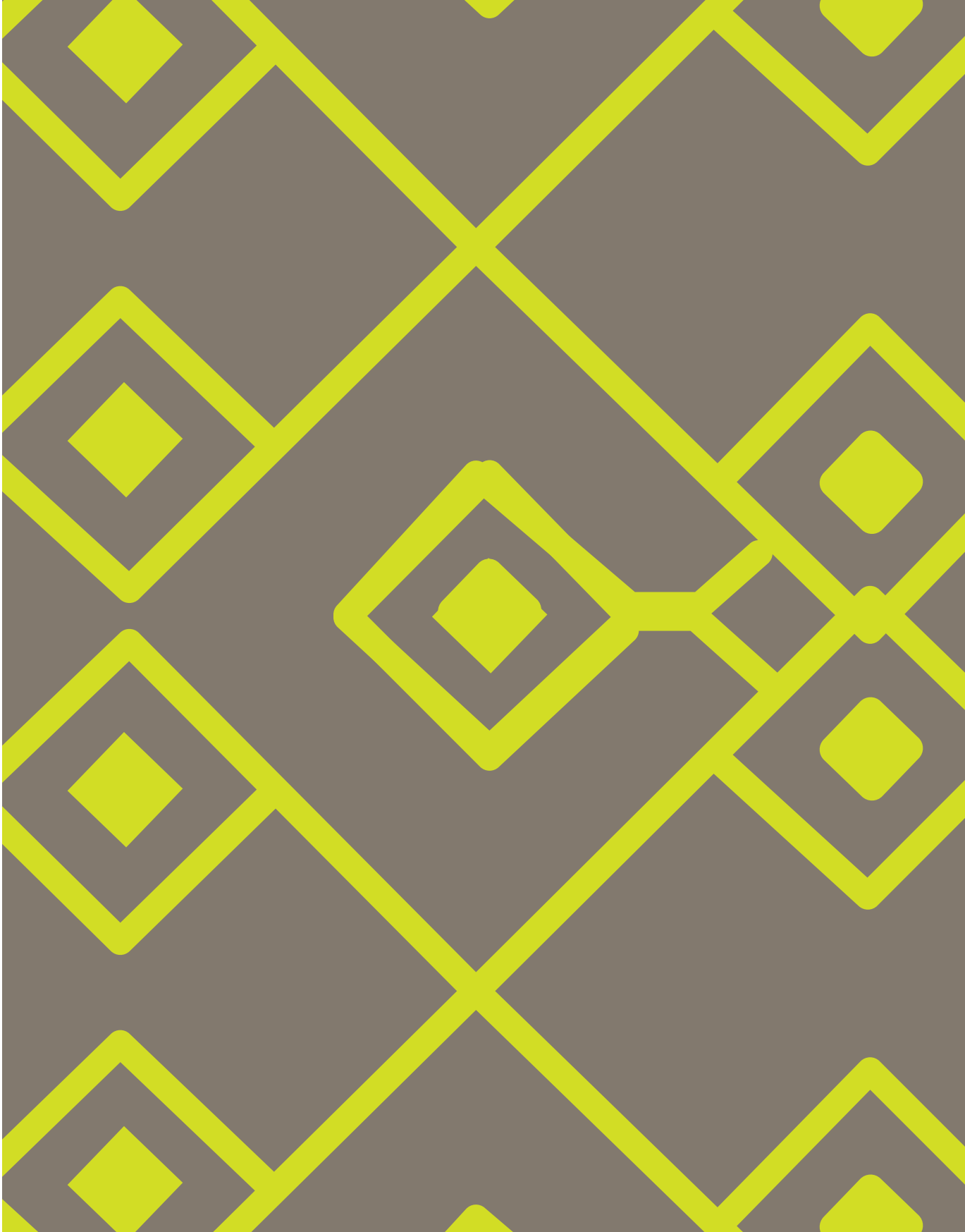
Cuando terminé la secundaria decidí entrar a la preparatoria del Estado, aunque era el que me quedaba más lejos de mi casa. Me gustó mucho y llegaba a la escuela todos los días muy contenta. Cuando había oportunidad, me iba en combi y, cuando no, caminaba. Estaba muy motivada por el gusto y la alegría de estar en esa escuela, porque ahí me llevaba bien con casi todos mis compañeros que, al poco tiempo, se hicieron mis amigos. Casi todos veníamos de distintas comunidades y por eso todos nos entendimos. Y también me llevaba bien con los maestros. Sin lugar a dudas, me gustaba todo de esa escuela y eso me motivó a terminar mis estudios, pese a que viviera muy lejos o no tuviera dinero. Había ocasiones en las que me regresaba caminando a mi casa y se me hacía noche. Incluso, una vez llegué pasada la media noche. Afortunadamente, en el segundo semestre, me pude integrar a PAUTA. Eso me dio aún más motivación de seguir adelante e hizo que me dedicara al área de Física y Matemática en mi último año de preparatoria. En los semestres anteriores me habían ya gustado muchísimo las matemáticas y, con PAUTA, me gustaron aún más. Yo quería ser profesora y, de hecho, di clases en la escuela dominical de la Iglesia a la que asisto, pero ahí me di cuenta de que eso no era lo mío. En la prepa jugaba básquetbol todo el tiempo; tanto que el profesor de matemáticas nos regaló un balón. Cuando organizaron un torneo de básquetbol en la escuela, nosotras ganamos el primer lugar. Fue una de las mejores épocas de mi vida. Pero por eso pasó volando. Faltaba muy poco para terminar la prepa y yo no me decidía por una carrera en específico. Estaba en eso cuando mi papá me dijo que ya no podía apoyarme con los estudios y que, posiblemente, se iría a trabajar lejos otra vez. Yo ya estaba en PAUTA, por lo que podía seguir estudiando, pero sí me preocupó la situación de mi papá. Tuve que seguir adelante, aun cuando no sabía

qué carrera estudiar. Se me presentó la oportunidad de ingresar a la Licenciatura en Planeación del Desarrollo Rural y me interesó. Creo que las cosas suceden por algo. Yo aproveché esa oportunidad y he seguido adelante. Mi carrera me gustó desde el primer día de clases. También tengo nuevos amigos, así que todo va bien.

Lo que he vivido me ha enseñado a siempre terminar lo que empiezo. Ya empecé a estudiar así que no pararé hasta haber logrado todas mis metas académicas.

A quienes se identifican con mi historia, les puedo decir que:

- Sigam estudiando. La educación no resuelve todo pero sin ella no se resuelve nada.
- Aprovechen toda oportunidad que les llegue. La escuela ofrece muchas oportunidades para aprender muchas cosas no solo lo que está en los libros. Yo ahí aprendí básquetbol, guitarra, a hacer amigos, a disfrutar la lectura. Es solo cuestión de aprovechar las oportunidades.
- No traten mal a otros compañeros por ser diferentes o venir de lugares diferentes. A mí me pasó en la secundaria y sufrí mucho. Hubiera deseado que en vez de eso me hubieran ayudado o animado, como lo hicieron después mis amigos de la prepa. Ahora yo intento animar a otras personas a seguir adelante.
- Propónganse una meta y luchen por ella. En realidad, la falta de dinero no será un obstáculo, pues habrá otras formas de llegar a la meta si uno se empeña y no deja de trabajar por ella.
- Valoren lo que sus papás les ofrecen. Mi papá me ha dicho que estudiar es mi herencia y, la verdad, he aprovechado y disfrutado mucho esta oportunidad. Ellos han hecho sacrificios que valoro todos los días.





**GUADALUPE**



Hola, mi nombre es Guadalupe. Nací en San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Al cumplir los seis años, entré a la primaria. Yo no tuve la oportunidad de ir al preescolar porque mis papás trabajaban y sus horarios no les permitían pasar por mí. Por eso entré directamente a la primaria. Esta es una etapa que me parece muy bonita. No solo aprendí lo de las materias sino que aprendí a convivir con muchas personas y hacer amistades. Al principio, cuando mi mamá me dejó en la escuela, tuve miedo porque no conocía a nadie, pero después una compañerita comenzó a hablarme. Luego, yo le empecé a hablar a otras compañeritas. Así, durante mis años en la primaria, hice muchas amistades que ahora recuerdo con cariño.

Al terminar la primaria, comenzó una nueva etapa para mí. Se suponía que debía seguir estudiando la secundaria, pero por varias razones tuve que posponer mi ingreso. Esperé tres años para continuar los estudios. En ese tiempo me di cuenta que me faltaban muchas cosas nuevas por aprender y que el camino que había comenzado todavía no terminaba. Así que decidí seguir estudiando. Me motivaba la ilusión de seguir aprendiendo más cosas nuevas y de que pasaran esos tres años de la secundaria rápido para comenzar la prepa y poder estudiar por fin una carrera técnica. Por eso fue una emoción muy grande para mí entrar a la secundaria. Me costó trabajo el primer año, sobre todo. Me limitaba mucho la situación económica. Pero no me di por

vencida. Yo ya no quería perder más tiempo y el maestro Jesús se dio cuenta que yo tenía muchos deseos de estudiar y me ayudó a conseguir un apoyo económico a través de PAUTA. Gracias a eso, logré terminar la secundaria y comenzar la preparatoria, donde estudio enfermería. Eso me hace sentir tan contenta.

Bueno, pasar de secundaria a la prepa tampoco fue sencillo. Fue un cambio difícil el pasar de la secundaria a la carrera técnica, pues tenía nuevas responsabilidades que asumir y eran más gastos para mi mamá. Eso me hizo desanimarme. Pero gracias a que el programa PAUTA siguió apoyándome, he podido seguir adelante con mis estudios y me siento feliz porque estoy estudiando algo que me gusta.

En PAUTA he aprendido muchas cosas de las personas que nos visitan. Me ilusiona terminar la prepa y comenzar a estudiar la universidad para poder terminar mi carrera y comenzar a ayudar a todas las personas que requieran de mis servicios y que mi mamá se siga sintiendo orgullosa de mí.

Lo que he aprendido es que en la vida hay muchas barreras que vencer pero ninguna que no podamos derrotar para seguir adelante y lograr nuestras metas. Por eso, a las personas que están leyendo mi historia les digo:

- Sigán estudiando. No se desanimen por ningún motivo.
- Luchen por lo que deseen.
- Siempre hay algo nuevo que aprender.
- Aprendan a confiar en ustedes mismos y nunca digan “no puedo”.
- Seguir estudiando les dará motivos para sentirse orgullosos de ustedes.







**GRISELDA**



Yo me llamo Griselda, vivo en el Municipio de Aldama, en Chiapas, y nací el 21 de diciembre de 1995. Mis padres son Melchor y Anita. Antes de que ellos vinieran a vivir a Aldama vivían en un paraje que se llama Cotzilnam, porque mis abuelos vivían ahí. Cuando mis abuelos fallecieron, mis padres se mudaron a Aldama. Ya tienen muchos años viviendo aquí.

Antes mis padres tomaban mucho trago. Así me han contado ellos. Pero gracias a Dios, ahorita ya no toman. Tienen 25 años sin tomar. Ahora estamos muy contentos y todo ha sido gracias a Dios. Mi familia es creyente. Por eso, cuando tenía un año, mis padres me bautizaron en el Municipio de Chenalhó, porque antes en mi comunidad no se daba el bautizo. Mis padrinos se llaman Melchor y Manuela y han estado conmigo desde entonces. Mis papás me han contado que ese día yo lloraba mucho pues yo solo quería estar con mi mamá. Pero igual creo que fue un evento importante, pues ya soy parte de esta iglesia y me da mucho gusto.

Cuando tenía cuatro años mis papás no me mandaron a la escuela. Prefirieron esperarse hasta que cumpliera los seis años. Fue entonces que entré a la primaria Emiliano Zapata. Nunca cursé el preescolar. Cuando entré a la primaria tenía mucho miedo; no quería hablar con los maestros ni con mis compañeros. Era muy tímida. Aún lo sigo siendo,

pero en ese entonces lo era más. Recuerdo que mi mamá me dejaba sentada en el salón y, en cuanto se iba, yo me ponía a llorar. Lloraba todo el día hasta que ella regresaba por mí para irnos a casa. Pasé un mes haciendo lo mismo todos los días y mis papás se dieron cuenta de que yo no dejaría de hacerlo, que no quería estar en la escuela. Por eso me sacaron y se esperaron un año más para volverme a inscribir. Yo creo que lloraba porque nunca había ido a la escuela y no sabía cómo era. Yo tenía miedo. Pero en esa segunda ocasión yo no lloré y poco a poco me fui acostumbrando a la escuela. Luego me hice amiga de Carmen y Magdalena. Ellas dos son mis mejores amigas. Estudiábamos en el mismo salón y nos la pasábamos platicando todo el día, jugábamos a las escondidas y nos divertíamos mucho. Toda la primaria estuvimos juntas y fuimos muy felices. Yo sacaba muy buenas calificaciones y mis padres estaban muy contentos conmigo. En quinto de primaria tuve un maestro muy bueno que nos enseñó a jugar básquetbol cuando salíamos de clase los viernes. Jugamos todo el año y me divertí muchísimo. Estaba muy feliz. Ya en el último año de primaria pensaba en lo rápido que había pasado el tiempo y que me la había pasado muy bien. Nunca tuve problemas en mi escuela y me sentía muy orgullosa de mí por haber terminado esa primera etapa. Bueno, sí tuve una vez problemas con un chavo. Pero nada más esa vez. Un día cuando salíamos al recreo, mis amigas y yo nos quedamos en el salón. Ese muchacho y otros amigos suyos estaban molestando a una compañera. Le decían groserías; yo los escuché, me acerqué y les pregunté por qué le decían así. Ellos me contestaron que solo les gustaba molestar, que las mujeres no tenían derecho a responder porque en una mujer eso se veía mal. Yo me enojé muchísimo y les dije que estaban muy equivocados porque ellos no tenían el derecho a tratarnos así, pues no eran nuestros padres ni nuestros hermanos para decirnos eso. El muchacho se enojó mucho conmigo y me jaló mi sudadera. Yo no me dejé y nos agarramos a golpes, hasta que vino el profesor y dejamos de pelear. El profesor no se

había dado cuenta de todo lo que había pasado. Solo vio las sillas desordenadas y nos preguntó por qué estaban así. Ninguno de los dos contestamos. Tampoco les conté de esto a mis papás hasta que pasaron dos o tres días. Cuando les conté, mis papás se enojaron mucho y después fueron a hablar con ese muchacho para que ya no volviera a molestar-me. Me dijeron a mí también que ya no volviera a responder a golpes. Ambos nos perdonamos y nos hicimos amigos. De ahí en fuera, me la pasé muy bien en la primaria. De hecho, la disfruté tanto y me sentí tan feliz ahí, que salí con la intención de seguir estudiando.

Pero, cuando salí de primaria, me di cuenta que muchos de mis compañeros ya no querían estudiar la secundaria o ya no tenían la oportunidad de hacerlo. Eso me entristeció muchísimo. Vi cómo cada quien tomaba un camino distinto. Sin embargo, yo ya estaba decidida: quería estudiar, quería luchar por ese sueño, pues era algo que me ilusionaba mucho. Quería estudiar para, después, conseguir un trabajo, ahorrar y poder ayudar a mi familia. Quería aprovechar la oportunidad que ellos no habían tenido. Por eso me inscribí en la secundaria. Mi sueño era tener un trabajo que me permitiera ir de viaje con mi familia a un lugar en donde ellos se sintieran felices. Ese era mi sueño. Por eso quería seguir estudiando. Solo lo dudé un poquito porque mis papás son de bajos recursos y pensé que debía quedarme en casa a ayudar a mi mamá. Pero hombres y mujeres tenemos los mismos derechos de seguir estudiando si uno quiere lograr algo con su vida. Yo quería hacerlo y me empeñé en ello.

Cuando iniciaron las clases de la secundaria tenía un poco de miedo de que las materias fueran muy difíciles, pero poco a poco me acostumbré a la dinámica de la escuela y no sentí que fuera difícil. Bueno, a veces se me complicaban las tareas, pero no llegaba a preocuparme por ellas. De hecho, sentía que no me preocupaba por nada. En general, creo que la secundaria fue una buena época para mí. Fui una alumna con muy buenas calificaciones y todos los días me la pasaba muy bien,

nunca tuve problemas. Si a caso, una vez, en el tercer semestre, pasó algo. Un día, a la hora del receso, cuando salimos a jugar, una compañera me empujó muy fuerte, me caí y me desmayé por el golpe. Yo no le había hecho nada y, de cualquier forma, ella me había empujado. Cuando recobré la conciencia, sentí muchas ganas de golpearla, pero no lo hice. Solo la empujé también. Nos estuvimos empujando hasta que nos separaron. Ella me dejó de hablar y yo también. Aún pese a ese incidente, recuerdo la secundaria como una buena época.

Ahí en la secundaria conocí al profesor Jesús. Al inicio le tenía miedo porque algunos alumnos decían que se enojaba mucho, pero cuando lo conocí vi que no era cierto, que era un buen maestro, muy responsable y divertido. Mis compañeros y yo nos la pasábamos bien en su clase porque a veces salíamos a buscar insectos para verlos de cerca y estudiar sus características o recolectábamos plantas y aprendíamos más sobre ellas. Realmente disfrutábamos sus clases. Nos pusimos muy tristes cuando se fue de la escuela. El día que fue a despedirse de nosotros y de los maestros la mayoría lloramos porque era un buen maestro y, después de ese día, ya no lo volvimos a ver. Él fue el que me dijo que si quería una beca y le dije que sí. Por eso estoy en PAUTA desde el segundo año de secundaria y, gracias a eso, he podido seguir estudiando.

Salí de la secundaria con un promedio de 9.7. Dudé si debía seguir estudiando o no, pues mis papás no tenían suficiente dinero para ayudarme. Eso me preocupaba, pero en PAUTA me apoyaron para seguir con el bachillerato. Ahora me siento más feliz que nunca porque esta beca me ha permitido hacer realidad mi sueño. Mis padres son de bajos recursos y no podían apoyarme, aunque siempre me han dado lo poco que tienen. La beca nos permitió ya no preocuparnos por eso. Ya estoy cursando el tercer semestre del bachillerato, que estudio en el COBACH 280 y me siento muy orgullosa de mí porque estoy estudiando un nivel que ninguno de mis hermanos mayores había logrado. Lo que ahora

deseo es seguir adelante, superarme y ser alguien en la vida. No creo ser la mejor estudiante ni tampoco la peor, pero sí la más feliz por esta oportunidad. Realmente le agradezco a PAUTA.

Pareciera, de pronto, que yo no tuve grandes problemas para seguir estudiando, pero sí los tuve. Cuando salí de la primaria me decían que no servía de nada estudiar, que ya no iba a aprender más cosas y que era mejor trabajar para ayudar en la casa. Yo me preocupaba mucho por los recursos pues mis papás no me podían apoyar con las cosas que necesitaba para mis estudios. Ese ha sido, creo, el mayor obstáculo que he enfrentado. Pero, con el tiempo, me he dado cuenta de que si uno lucha por lograr su sueño, se pueden vencer los obstáculos, aún uno como ese. Yo así entré a la secundaria y al bachillerato y ahora tengo este nivel de estudios. Y no pienso parar ni me daré por vencida.

A los que se identifiquen con mi historia, les puedo recomendar que:

- Sigam estudiando porque es el único camino para alcanzar nuestros sueños.
- No se den por vencidos. Si realmente quieren algo pueden luchar y alcanzarlo.
- Tengan el valor para enfrentar cualquier obstáculo porque, por muy difícil que parezca vencerlo, sí se puede.
- Hagan cosas buenas, pórtense bien. Las personas que hacen el bien, les va bien.



**KARINA**



Mi nombre es Karina y mis padres son Elvira y Jaime. Les contaré mi historia o lo que recuerdo de ella. Entré al kínder cuando era muy chica. Ahí aprendí a leer y por eso me sacaron del segundo año de preescolar para que entrara ya al primer año de primaria.

El primer año de primaria me pareció muy raro porque yo era la más pequeña de todos. Me decían “la chiquis” o la “chirris”. Ese primer año mejoré mi forma de leer, escribir, dibujar, recortar, etc. En el segundo año me hice amiga de una niña llamada Delia que había reprobado y que cursaba ese grado por segunda vez. Con ella y con mis otras amigas, Briseida y Elena, pasamos juntas los años de primaria. Ahí aprendimos a compartir ideas, a platicar, a sumar, restar, multiplicar y todo lo demás. En sexto grado me enamoré por primera vez del hijo de mi maestro y me puse muy triste cuando se acabó el año y él se fue.

Entré a la telesecundaria con un poco más de experiencia acerca de convivir con los demás y ser la nueva. Aun así, entré con un poco de miedo pero con muchas ganas de conocer más personas. Mis amigas y yo no nos separamos en todo el primer año y conocimos a otra amiga llamada Claudia. Con ellas aprendí a respetar a los demás, fueran de la forma que fueran. En ese primer año, mi maestra Frida me enseñó a no tener miedo y a seguir adelante. Realmente le agradezco que me haya enseñado eso. El miedo, para mí, era un obstáculo que tenía que



vencer, porque era lo que me impedía hablar y desarrollar mis ideas. Antes pensaba que si decía algo todos se iban a burlar de mí, pero lo superé con la ayuda de la maestra Frida. Ella me dijo que si no lo intentaba vencer nunca podría lograr nada. Me dijo que con mis errores podía aprender y hacer las cosas mejor y que los que hacen burla no han podido superar sus miedos y tienen coraje de que otros sí los hayan podido vencer. Sus consejos me ayudaron hacer las cosas sin miedo y desde entonces puedo hablar sin temor. Si se ríen de mí, sé por qué lo hacen.

Cuando pasé a segundo año, tuve una maestra llamada Norma. Con ella aprendí muchas cosas y fue ella quien me invitó a tomar cursos extra en San Cristóbal. Me preguntó por mis materias favoritas y me dijo que, como hablaba mucho y sin miedo, yo era la indicada para aprender cosas nuevas sobre ciencia en PAUTA y poderlas aplicar en mi vida y en la escuela. Fui a mi primer encuentro con mucho miedo y pena pues no sabía bien de qué se iba a tratar. ¿Lo haría bien?, ¿con quién platicaría?, ¿cómo debía preguntarles a los demás por su nombre?, ¿cómo debía presentarme yo?, ¿qué debía decir de mis maestros? Todo salió muy bien. Conocí a la maestra Candelaria y al profesor Enrique. Además, conocí y me grabé el nombre de casi todas las chicas. Luego seguí viniendo a San Cristóbal a los cursos y a aprender más. Mientras más seguido nos veíamos, más entrábamos en confianza.

En tercer grado de telesecundaria tuve un maestro llamado Carlos Enrique. Con él aprendí cosas importantes pues me enseñó que la confianza es lo más valioso que existe. La confianza, para mí, era antes que alguien me contara sus secretos y ya. Pero el profesor Enrique me enseñó que estaba equivocada. En una ocasión en la que tenía un problema familiar se lo conté a él y me dijo que a él le había pasado lo mismo. Él me ayudó a solucionar ese problema que tenía y me di cuenta que la confianza no solo es que te cuenten cosas sino que tú también cuentes lo tuyo y ayudarse mutuamente. Gracias a eso pude escuchar a mis amigas y pedir que ellas me escucharan también a mí.

Tuve mi primer novio y estuvimos juntos hasta que salimos de la secundaria. Cuando terminamos me dolió mucho pero debía seguir adelante.

Entré al Colegio de Bachilleres y me pareció una extraña experiencia pues debía caminar una hora para llegar a la escuela. Con el tiempo conocí nuevas personas y eso me hizo sentir más ánimo. De mi grupo cercano de amigas solo dos seguimos estudiando y nos causó dolor y tristeza separarnos al poco tiempo, pues a ella le tocó en otro grupo y yo hice nuevas amigas. Al principio intentamos juntarnos pero no logré que mis nuevas amigas y ella se quisieran. A mis nuevas amigas les conté de los cursos a los que asistía y el aprendizaje que me daban en PAUTA. En el segundo semestre del bachillerato las cosas estaban mucho mejor. Ya me había acostumbrado a la hora de camino y a mis nuevas amigas.

En este tercer semestre me han pasado muchas cosas. Mis amigas se separaron de mí sin darme ninguna explicación. Además, me siguieron haciendo daño contando a otros los secretos que yo les confié. Ellas les han contado a mis compañeros quiénes eran los chicos que me gustaban y quiénes no me caían bien, solo para molestarte. Eso me dolió y me sigue doliendo mucho pero trato de no verlas más y hacer nuevas amigas. Me duele mucho ver que ya no se acuerdan de mí y que no me apoyaron cuando yo las necesité. Mi amiga Elena es la única que no me ha dejado y que siempre está conmigo. Mi hermana me dice que ignore a las demás, pero le digo que no es fácil verlas en la escuela y no hablarles. Con mi hermana estoy superando este cambio en mi vida. En lo sentimental, tengo muchos amigos pero no quiero a nadie en especial como para tener novio. Durante este periodo, PAUTA me ha ayudado mucho, no en lo económico sino en la enseñanza que me ha dado y que me brinda en cada encuentro. Gracias al apoyo que me dan puedo seguir estudiando. Todas las enseñanzas que he obtenido de las charlas me han ayudado mucho en la escuela y en casi todos los espacios. Le agradezco mucho a PAUTA.

Entraré al cuarto semestre en el COBACH y espero ser alguien mejor y encontrar amigas verdaderas. Espero que PAUTA me siga enseñando para yo poder, en un futuro, enseñar a alguien más.

He aprendido, pues, que todas las cosas que he logrado, las he logrado porque estaba consciente de que las estaba haciendo. Por tanto, puedo lograr cualquier cosa si hago las cosas con consciencia y confianza. El miedo no me detendrá nunca más porque he aprendido que lo puedo vencer y que sin él puedo aprender a hacer las cosas cada vez mejor.

A quien se identifique conmigo, le puedo aconsejar lo siguiente:

- Estudiar no es aburrido. Si tú lo ves aburrido ponle sentido del humor, alegría y emoción para que sigas estudiando y te motives. Al final, habrás aprendido mucho.
- Cumple con las metas que te propongas pues otros pueden aprender de ti.
- El miedo es algo que no nos deja hacer las cosas que queremos. Pero uno es más grande que el miedo y lo puede vencer. Es solo cuestión de que decidas enfrentarlo.
- Si te ofrecen un apoyo di que sí porque con eso puedes seguir tu camino.
- Las experiencias de otras personas tal vez te puedan servir para seguir adelante.



The image features a large, white, stylized number '9' centered on a purple background. The background is decorated with a repeating pattern of pink, hand-drawn geometric shapes, including squares and lines. A white rectangular box is positioned inside the upper curve of the '9', containing the text 'LEONARDA GUADALUPE' in a dark purple, sans-serif font. The overall design is modern and graphic.

**LEONARDA  
GUADALUPE**



Mi historia comienza el 18 de enero de 1997, en San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Mi papá, José Leopoldo, y mi mamá, Guadalupe, estaban muy contentos cuando nací. Me bautizaron cuando yo tenía un año y me llamaron Leonarda Guadalupe. Cuando cumplí los cuatro años entré al preescolar. Al principio, tenía mucho miedo pero hice muchos amigos casi enseguida, por lo que se me pasaron rápido los tres años. Luego, entré a primaria. Aún recuerdo el primer día de clases; me puse a llorar cuando mi papá me dejó en la entrada de la escuela. Y pese a que lloré mucho ese día, no me fue nada mal. Ese día conocí a mi mejor amiga, quien me ayudó a acostumbrarme a la nueva escuela. Y, en realidad, fue una época bonita; pasaron cosas bonitas en la primaria. Recuerdo que jugaba todo el tiempo. Y entre jugar y jugar, pasaron los años.

Entré, entonces, a secundaria y empezó otra etapa de mi vida. Tenía buenas calificaciones y todo iba bien, hasta que en el tercer año me di cuenta que tenía que empezar a pensar qué quería ser cuando fuera grande. Lo pensaba, pero no tenía nada definido. De pronto, sin darme cuenta, llegó el día que tenía que presentar mi examen de admisión para ingresar a la preparatoria. Ese día estaba muy nerviosa. Al final de cuentas, pasé el examen y me quedé en esa escuela, aun cuando no sabía a qué me iba a dedicar. El primer y el segundo semestre se me hicieron muy fáciles, pues aún no tenía que tomar ninguna decisión

sobre mi vocación, pero en el tercer semestre ya tuve que pensarlo en serio. Un día, tomé la decisión. Iría a la universidad y estudiaría una carrera que me había llamado la atención y que se me hacía interesante. Estaba muy feliz por, al fin, tener claro mi futuro. Y enseguida se me ocurrieron muchas cosas que podía hacer con esa carrera y más me alegraba de haberla elegido. Un día, le platiqué a unos compañeros sobre la carrera que había elegido y lo contenta que estaba. Ellos me empezaron a decir cosas que me desilusionaron. Me decían, por ejemplo, que yo no podría lograr eso que me proponía, que mi carrera ni siquiera era buena, que debía buscar otra y que, aun eligiendo otra, era probable que no pudiera terminarla. Yo me deprimí enseguida. Sentí que toda la ilusión que yo tenía se desvanecía por lo que ellos me estaban diciendo. Me estaban quitando mi ilusión. Me despedí de esos compañeros y llegué a mi casa. Me metí a mi cuarto a pensar bien las cosas que me había propuesto. Me sentía indefensa, como si no tuviera las fuerzas necesarias para defender mis sueños y empecé a dudar de mí misma. Pensaba que ellos tenían razón, que aun cuando me esforzara mucho, al final no serviría de nada, pues no lograría mi objetivo. Se me llenaron los ojos de lágrimas y no pude más. Mi papá me escuchó llorar y llegó a hablar conmigo. Intentó animarme y regresarme la ilusión pero yo no podía dejar de llorar. Él me abrazó y me dejó llorar un rato en su hombro, mientras me animaba. Luego me dejó sola para que analizara bien lo que había pasado. Después de un rato, sentí que algo dentro de mí cambiaba, dándome más fuerzas para luchar por mi sueño. Un amigo me había dicho, en una ocasión, que nada era imposible, que todo dependía de que nosotros supiéramos defender nuestro sueño. Muchas personas me habían enseñado a confiar en mí y, aun cuando otros insistían en que me desilusionara, yo ya no me iba a dejar. Tomé, entonces, la decisión de que tenía que luchar con todas mis fuerzas por ese

sueño que tanto anhelaba. No me dejaría vencer por los obstáculos que la vida me estaba poniendo y recordé algo que alguna vez había escuchado: “no hay sueños imposibles, sino personas incapaces”. Me levanté con más ánimo, salí de mi cuarto y fui a buscar a mi papá. Lo abracé y le di las gracias por todo lo que había hecho por mí.

Hasta el día de hoy tengo en mente que yo soy la única que puede saber lo que quiere, la única autora de mi vida, de mi propia historia. Cada persona tiene su proyecto de vida y sé que hay momentos en los que uno se da por vencido. Pero en esos momentos es cuando se debe tener confianza en sí mismo. Hay que ser un guerrero. Hay que derribar los muros que nosotros mismos construimos en nuestro camino. Ahora tengo muchas ganas de ser lo que he anhelado desde hace tanto tiempo y, con la ayuda de las personas que viven en mi corazón, saldré adelante. Espero algún día decir que lo intenté y lo logré.

Jamás me había imaginado que iba a llegar el momento en el que no sabría qué hacer. Pero tuve el apoyo de mi familia que me enseñó a confiar en mí y a tener una mentalidad positiva. Estoy muy agradecida por eso. Ahora sigo estudiando. Ya estoy en el quinto semestre de preparatoria y estoy muy feliz pues falta muy poco para ir a la universidad y empezar a hacer realidad mi sueño. Todo gracias a mi familia y a aquellas personas que me animaron a seguir adelante.

Con esta experiencia, en particular, aprendí que siempre habrá obstáculos en nuestro camino hacia el logro de nuestra meta, pero cuando caigamos debemos levantarnos, ser fuertes y no renunciar jamás a nuestros sueños. A quienes han pasado por una experiencia similar, les recomiendo lo siguiente:

- Sigam estudiando porque es algo importante y bueno para nuestra vida. Nos dará muchas oportunidades de vivir una vida digna.



- No se den por vencidos. Si están pasando por malos momentos, no olviden que después de la tormenta, viene la paz.
- Luchen por alcanzar su meta. Si en verdad la anhelan, no dejen que otros se interpongan en su camino.
- Confíen en ustedes mismos. No esperen a que otros confíen.
- Mantengan una mente positiva. Nada es imposible. Ánimo.



The background features a vibrant green field with a repeating pattern of orange, stylized, rounded geometric shapes that resemble interlocking lines or abstract figures. Overlaid on this are several white, angular shapes: a large L-shaped block in the top left, a vertical bar on the right, a large white arrow pointing right in the lower middle, and a white rectangular block at the bottom left.

**MARÍA TERESA**



Me llamo María Teresa. La historia de mi vida empieza el 4 de junio de 1999, en Yochib, municipio de Oxchuc, Chiapas.

De esos tiempos recuerdo muchas cosas que podría contar. Puedo empezar por decir que soy feliz y que la felicidad me la he ganado siempre al querer a mi familia. Disfruto del cariño de mis padres. A veces no he entendido las cosas que me explican pero he disfrutado tenerlos cerca. Siempre he querido que mis sueños se vuelvan realidad porque, la verdad, es que desde pequeña he tenido ganas de tener todas las cosas que quiero.

En fin, lo que más recuerdo de cuando yo era pequeña es que cuando tenía seis años entré a tercer grado de kínder. Casi no sabía nada ni conocía a nadie con quien charlar. Hubo momentos en los que me sentía sola, pero, aun así traté de perder el miedo, me acerqué a los demás y me hice amiga de una compañera. Ella fue mi mejor amiga. El preescolar fue, en realidad, la etapa más emocionante y divertida de mi vida escolar. Aprendí a dibujar, descubrí que la vida es amor, tuve amigas amables e inteligentes que me ayudaron a comprender más sobre los trabajos que nos encargaban, en fin, aprendí mucho. En la escuela, en ningún momento me aburrí.

En ese entonces, entrar en la escuela me parecía algo estupendo, pero no tenía la más mínima idea de lo que ahí se aprendía. Conforme

el tiempo fue pasando fui comprendiendo más, pues me esforcé mucho. Al inicio no entendía lo que la maestra explicaba. Pero poco a poco me fue más fácil entenderle. Bueno, quizá con los años uno va desarrollando habilidades y aprendiendo más. Para ser honesta, yo siento que he aprendido más de la vida, de mis experiencias en la casa, que de la escuela. Mi mamá me ha enseñado muchas cosas porque sabe que algún día seré ama de casa como ella. Ella lo hace con mucho gusto. En ocasiones me he enojado con ella porque me pone a hacer muchas cosas de la casa, pero así he aprendido mucho. Incluso, hace tiempo quería ser ayudante en la cocina. Llegó el día en que ayudé a mi mamá a tortear, pero me quemé la mano en el comal y me dolió mucho. Desde entonces no me he atrevido a hacerlo de nuevo. Quizá todavía no estoy lista para casarme y cocinar.

Con respecto a lo que contaba sobre la escuela, sobre el preescolar, pasaron los días y llegué a nivel primaria. Cuando los maestros aplicaron el primer examen bimestral yo saqué seis. Pensé que seguiría así, con esas notas, y quería que alguien me ayudara a seguir adelante. Pero aprendí que, si de verdad quieres hacer algo, tú tienes que esforzarte. Al siguiente examen saqué nueve y ya no me preocupé tanto. Vi que podía arreglar los problemas que se me presentaban con esfuerzo y confié en mi misma. Aprendí que ningún problema me hará que me dé por vencida. ¡Para nada! La primaria también fue bonita. Me gustaba dibujar y ahí lo podía hacer, así que sentía que mis sueños se volvían realidad.

En sexto de primaria tuve una maestra que era muy buena. Ella hablaba español y yo esperaba aprender lo más posible de ella. Ella nos explicaba bien las tareas que nos dejaba cada tarde. Aun así, había compañeros que no le entendían y yo les ayudaba con lo poco que sabía y eso me hacía sentirme orgullosa de mí.

Cuando estaba por acabarse el último año sentí tristeza porque dejaría mi escuela donde había jugado por seis años y a mis compañeros.

No sabía si la secundaria sería igual y si iba a seguir comprendiendo las ideas o no. Pero así es la vida: todo tiene un principio y un final. Lo cierto es que nunca pensé en seguir estudiando pero hice lo que mis padres querían. Al fin, fui a la telesecundaria.

Me presenté al primer día de clases y me puse triste porque me tuve que separar de mi amiga, pues ella estaba en otro grupo. No me llevaba bien con los compañeros ni con la maestra. Solo podía platicar con los amigos que eran chistosos. En ese entonces pensaba diferente a como lo hago ahora y no sé cómo hubiera sido mi vida de seguir así. Lo cierto es que, poco a poco, hice más amigos y también me empecé a llevar mejor con la maestra, pues ella me inscribió en un programa en el que le daban becas a las mujeres para que siguieran estudiando.

Por esos años tuve una amiga con la que compartía todo. Tenía tanta confianza en ella pues me consolaba cuando yo estaba de mal humor o sentía tristeza sobre los problemas familiares. Sin embargo, no me gustaba que se enojara conmigo porque yo sí entregaba todas las tareas de la escuela y ella no. A mí me gusta cumplir con mis obligaciones. A veces salgo mal en los exámenes, pero nunca dejo de entregar las tareas. Mis padres me han apoyado siempre, menos a hacer las tareas y los trabajos, pues eso yo lo tenía que hacer sola. Y las hacía. Al final me tuve que separar de esta amiga y yo me quedé sola otra vez. Eso fue en el 2014. Al inicio, cuando nos separamos, me sentí muy triste y suspiraba mucho. Pero lo olvidé y lo superé.

Lo que más disfruté de la secundaria fue cuando fui a Agua Azul y a Palenque con mis amigos, pues me divertí mucho. Cuando estoy con mis amigos siempre me divierto. Si no están ellos, entonces voy a la Iglesia para no sentirme sola.

Así me gradué de secundaria. Yo creí que por ser mujer no seguiría estudiando, pero mi papá sí quería que lo hiciera, así que acepté. Junto con una amiga de la secundaria, me inscribí a la preparatoria. Y aquí estoy. Estoy estudiando el bachillerato, en Chilolja, Municipio de San

Juan Cancuc. Hasta ahora sé que seguiré adelante. Me siento satisfecha, nada me falta si estoy con mis amistades. Estoy en donde debía estar. Los años pasan volando rápidamente, sin darnos cuenta. Casi todos los días me la paso contenta, pero a veces me aburro en las clases, pues los maestros solo nos explican las actividades y no nos dejan trabajarlas en el salón.

Sé que lograré lo que quiero. Conocí nuevos amigos. Ser amable y chistosa me ha ayudado siempre a conocer nuevas personas. He decidido luchar por estudiar una carrera. Quiero tener una profesión.

Durante este tiempo comprendí que las mujeres tenemos el mismo derecho que los hombres, solo tenemos que tener el valor de seguir adelante para alcanzar nuestras metas.

Con mi historia quiero que otros aprendan lo que he aprendido.

- Nunca dejes para mañana lo que puedes hacer hoy.
- Si tienes problemas, arréglalos. Si te sientes sola, busca un amigo. Si tienes dudas, pide ayuda. Si alguien se enemista contigo, habla con esa persona. Si tú te enemistas con alguien, perdónalo. Siempre hay solución. Siempre hay una salida.
- La felicidad se gana. Para empezar, debes querer a los demás.
- Obedece a tus padres. Si lo haces, lograrás más fácilmente tus objetivos.
- Confía en ti y en tus habilidades.







... los marinos.  
... un paisaje es  
... un mundo que  
... a Sr. de Pasam





**NAYELI  
FABIOLA**



Mi nombre es Nayeli Fabiola. Vivo con mis papás en la Colonia Francisco Sarabia. A los tres años entré al preescolar. Recuerdo que mi mamá me llevaba de la mano. Los primeros días me ponía triste y lloraba mucho porque para mí fue algo difícil tenerme que separar de mis papás, aunque fuera solo unas horas. Esos primeros días me daba miedo acercarme a mis compañeros. Pero, poco a poco, fui tomando confianza y fui conociéndolos más hasta que nos hicimos amigos. Juntos hicimos recuerdos muy bonitos y muchos aprendizajes que aún guardo de esos años.

Luego, entré a la primaria a los seis años. Como ya conocía a la mayoría de mis compañeros no sentí miedo. Me gustaba participar en las clases y me llevaba bien con todos. Tuve una etapa difícil cuando cursaba el quinto grado, pues mi papá tuvo que salir fuera de donde vivíamos a trabajar y pasaba mucho tiempo sin que lo pudiera ver. En casa solo estábamos mis hermanos, mi mamá y yo. Sin embargo, mi mamá siempre me ayudaba con mis tareas y me ayudaba a estudiar. Yo le ponía muchas ganas a la escuela porque me gustaba mucho. Había cosas que no entendía bien pero le preguntaba a mi maestra y ella me explicaba todo lo que quería saber.

Cuando entré a secundaria me sentía muy emocionada porque sabía que ahí iba a aprender muchas más cosas. Me gustaba participar en todos los eventos que la secundaria hacía, pues me parecían divertidos.

Al final, mis maestros y mis papás me animaron a que siguiera estudiando aunque, en realidad, yo ya estaba convencida de hacerlo, pues desde muy pequeña me gustaba jugar a ser doctora. Desde entonces me daba cuenta que eso era lo que quería ser de grande. Así que al terminar la secundaria, me preparé durante mucho tiempo para presentar mi examen en la preparatoria a la que quería ir. Antes del examen me sentía nerviosa, preocupada y triste. Nerviosa al pensar en el examen, preocupada de no saber si lo iba a pasar o no y triste de imaginarme qué pasaría si no lo pasaba. Al fin, llegó el día del examen y lo presenté. A los pocos días dieron los resultados y, aunque al principio no me atrevía a ver los resultados porque tenía miedo de no encontrar mi nombre, tomé valor, vi la lista y vi mi nombre. ¡Me dio tanta alegría que quería gritar de emoción! Y, aunque en la ceremonia de clausura de la secundaria me sentía tantito triste al caer en cuenta que a muchos de mis compañeros ya no los volvería a ver porque ellos no seguirían estudiando, pensé que yo siempre los recordaría por todos los momentos increíbles e inolvidables que vivimos juntos y que eso me bastaría para seguir adelante. Y así fue.

El primer día del bachillerato me volví a sentir nerviosa pues no conocía a nadie. Pero, de nuevo, con el tiempo, los he ido conociendo y les he ido tomando confianza. Ya me he animado a participar, de nuevo. Yo creo que conocer a nuevas personas es algo muy lindo porque conoces sus experiencias y gracias a eso crece la amistad. El bachillerato no ha sido fácil pues me ha exigido que ponga en juego todas mis habilidades, pero creo que he estado avanzando.

Escribir mi historia me ha hecho reflexionar. Comenzamos a formar parte de este mundo desde el día en que nacemos. Llegamos sin saber siquiera quiénes somos, por lo que nuestros padres son nuestros primeros maestros. Ellos son los primeros que nos encaminan para comenzar nuestra formación. Los seres humanos somos como una planta, porque pasamos por varios periodos y cambios, y, poco a poco vamos

creciendo y experimentando el mundo. Y mientras sigamos vivos seguiremos experimentando el mundo. Unas experiencias serán difíciles, como dejar a nuestros amigos y familia para ir en búsqueda de nuevos aprendizajes. Pero tenemos la fuerza necesaria para seguir adelante. Debemos de tener en cuenta que tanto hombres como mujeres somos iguales y valemos lo mismo. Por lo tanto, ambos tenemos las mismas capacidades y oportunidades. Nosotras las mujeres somos capaces de lograr lo que queremos. Elegir algo para nuestro futuro no es fácil, porque hay muchas cosas que nos pueden gustar y eso nos impide elegir lo que realmente queremos. Si elegimos una vocación y no es la verdadera, no nos sentiremos satisfechos, por lo que tendremos que seguir buscando hasta encontrar lo que realmente queremos hacer. Nosotras como estudiantes llevamos una vida llena de emociones, pues decidimos en cada paso hacia dónde queremos dirigirnos. En las comunidades, a nosotras como mujeres nos ponen muchos “peros”. Nos dicen: “las mujeres solo son para quedarse en la casa y formar una familia”. Nosotras sabemos que no es así. Claro, si nosotras no queremos que sea así, no lo haremos. Nosotras las mujeres podemos hacer mucho más y no dejaremos que nada nos detenga. Quizá lo que queremos no sea fácil de alcanzar pero no por eso es imposible. Como estudiantes y con ganas de superarnos, demostraremos que todo se puede.

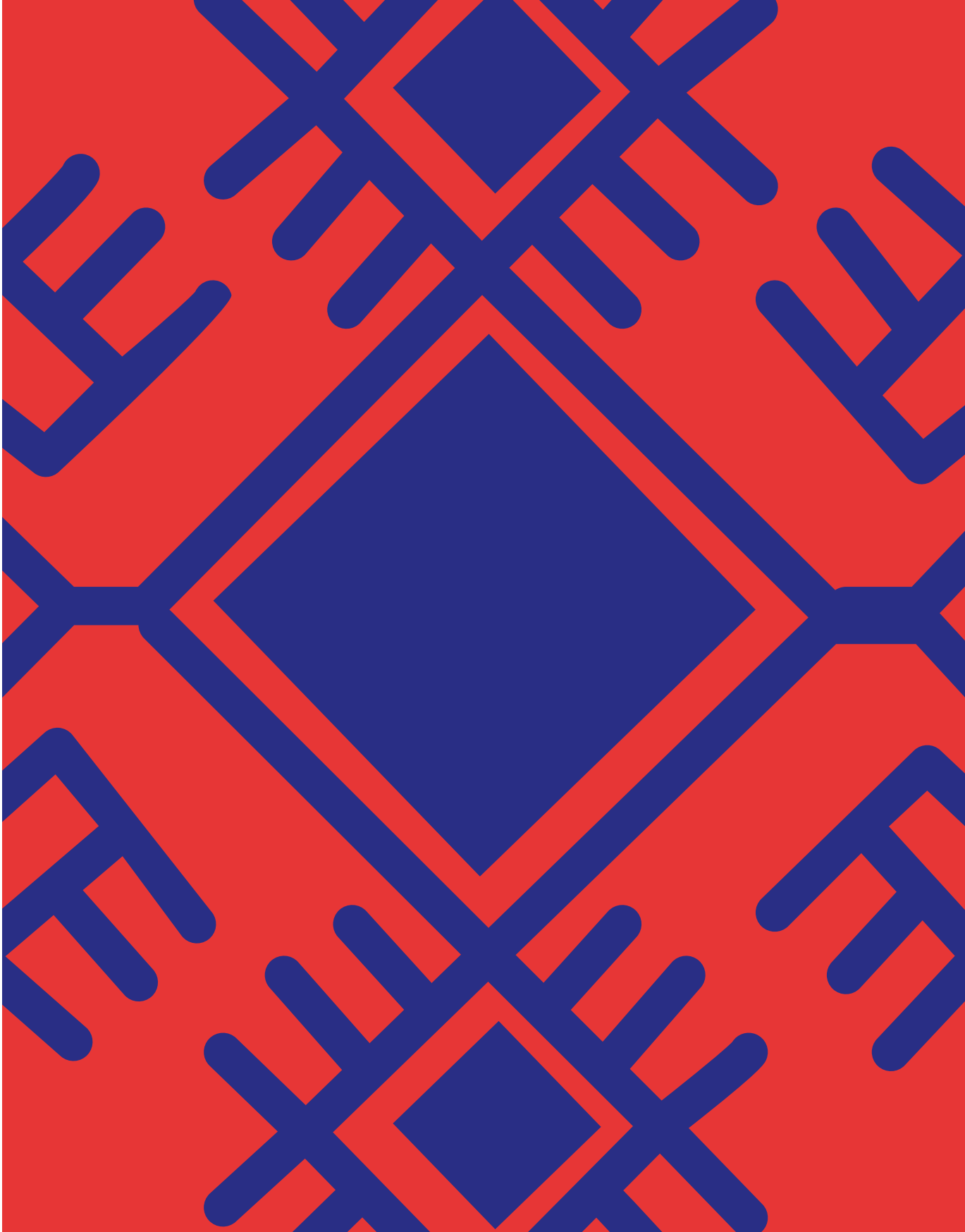
Gracias a lo que me ha pasado, he aprendido que nunca se debe ver el pasado como algo malo sino como una experiencia más e, incluso, como un logro, pues a pesar de que pudo haber sido difícil, se ha podido superar. Los momentos difíciles que he pasado los he superado gracias a los consejos que me han dado otras personas. No quiero decir que uno tenga que hacer lo que otros te dicen, pues al final es uno quien escribe su propia historia, pero los consejos de otros nos pueden orientar.

En mi caso, hubo muchas personas que me decían que para qué estudiaba, pero también hubo otras personas que me apoyaron para

seguir estudiando. A mí me toca la parte de decidir qué es lo que quiero hacer. Seguir adelante depende de mí.

A quienes se identifiquen con lo que digo, les aconsejo lo siguiente:

- Construyan su propia historia. Decidan qué es lo mejor para ustedes.
- Hagan lo que realmente quieren hacer. Si hacen las cosas porque otros les dicen no saldrán bien y no lograrán nada. Sigán, mejor, su corazón.
- No se dejen vencer. Si se dan por vencidos no habrán servido todos los esfuerzos que ustedes y su familia hicieron para que llegaran a donde están.







**ELIZABETH**



Había una vez una niña llamada Elizabeth. Ella era muy divertida e inteligente. Esa niña soy yo. Quiero contarles mi vida. Mis papás son Bersain y Elida. Tengo dos hermanitas, llamadas Keni y Yoana, y mis abuelitos Graciano y Paulina. Esta es mi adorada familia, la cual es maravillosa. Nací en una colonia llamada Lázaro Cárdenas, del municipio de La Trinitaria, Chiapas, el 14 de marzo de 1999. Cuando mi madre me dio a luz, era la primera hija que mis padres tenían. Mi papá es un hombre maravilloso y es el mejor papá. Mi mamá es mi mejor amiga y siempre me ha apoyado y yo la amo.

Cuando cumplí tres años entré al preescolar y me gustaba ir porque jugaba y me divertía mucho aprendiendo. Casi no me acuerdo de detalles, pues era muy pequeña, pero recuerdo que me encantaba jugar en la resbaladilla y en los columpios todo el día. Me la pasaba de un lado para el otro sonriendo pues era una niña muy feliz y no me preocupaba por las cosas de los adultos que aún no comprendía. Y así pasaron los tres años que uno debe estar en el preescolar, muy felices, y entré a la primaria.

En la primaria mi mayor obstáculo fue vencer la timidez. Era una niña común, como cualquier otra, nada más que yo no hablaba. No en el sentido de que no podía hablar sino que no me gustaba compartir lo que sentía por miedo a que se rieran de mí o me criticaran. Por eso,

para mí era mejor quedarme callada. En el primer año de primaria me la pasaba sola a la hora del receso porque no tenía amigas. Lo único que hacía era dar vueltas en la escuela o leer en el salón pues ya sabía leer y me entretenía ver los dibujos de los libros. Quizá pensaban de mí que era aburrida. Pero poco a poco fui perdiendo el miedo a expresarme y cada vez, con más frecuencia, expresaba cómo me sentía. Entraba a la escuela a las siete de la mañana y salía a la una de la tarde. En el segundo año de primaria me dio clase el maestro Hernán. Él era muy buen maestro y gracias a él aprendí mucho. Lo que más me gustaba de la escuela era la hora de la salida pues no veía la hora en que tocaran la campana y pudiera salir de regreso a casa para ver a mis papás y a mis abuelitos. Mis abuelitos eran muy buenos, cariñosos, lindos y amables. Para mí eran los mejores del mundo. Mi abuelito, papá de mi papá, se llamaba Graciano y mi abuelita, mamá de mi papá, se llama Paulina. Cuando entré a tercero de primaria conocí a mi maestra Rocío. En cuarto grado conocí al maestro Sergio, el mejor de mis maestros. Me gustaba mucho ir a la escuela para poder aprender de él. Aún no tenía amigas pero eso no me detenía ni me lastimaba pues me gustaba estar sola.

Cuando ya estaba en cuarto grado y tenía nueve años, me afectó mucho la muerte de mi abuelito. Él se enfermó de cáncer y no tardó mucho tiempo en morir. Murió el 9 de enero de 2009. Cuando él murió yo estaba dormida y mi mamá me fue a despertar y me decía que me levantara pues mi abuelito había muerto. De inmediato me levanté y me fui a su cuarto y ahí estaba con los ojos cerrados que lo hacían verse como si estuviera dormido. Me acerqué y le di un beso en la mejilla y me despedí de él. Lloré mucho y sentí un enorme vacío en mí. Él era tan bueno conmigo y yo lo quería mucho. Su muerte fue muy dolorosa para mí. No me podía hacer a la idea de que jamás volvería a verlo sonreír, platicar con él y verlo mirarme. Me fue muy difícil superarlo, pero aprendí a seguir viviendo sabiendo que él sigue a mi lado cuidándome, aunque yo ya no lo pueda ver. Quizá, quien está leyendo esto esté pasando por una

situación similar a la que yo pasé. A esas personas que hayan perdido un ser querido les quiero decir que no deben dejarse vencer por el dolor. Deben salir adelante sin mirar tanto al pasado, pues eso, en ocasiones, solo lastima más. Lo mejor es seguir adelante.

Así como pasaron cosas malas, también pasaron cosas buenas. Mi hermanita, la más pequeña, llamada Yoana, nació y fue como una luz que iluminó mi vida y la vida de mi familia. Ella es la hermanita más linda, cariñosa, amable e inteligente. Adoro a mis hermanas Keni y Yoana.

Pasó el tiempo y entré a quinto y después a sexto grado de primaria. Tenía muchas amigas y jugaba con ellas. Después descubrí que algunas de ellas no eran realmente mis amigas y que eran muy volubles: un día estaban contentas y al otro día no me hablaban. Mis amigas eran Glenda, Leydi y Areli. Yo prefería estar con Areli pues era muy humilde y comprensiva, mientras que Glenda y Leydi eran criticonas o doble cara, pues hablaban mal de nosotras a nuestras espaldas. Yo me daba cuenta que envidiaban a Areli porque a ella le hacían caso los chavos de la secundaria. A mí se me hacía muy feo que entre amigas nos criticáramos. Esa no es una verdadera amistad. ¿Cómo les podría tener confianza? Creo que todas las personas han vivido situaciones así y que es común que tus amigas resulten, al final, ser tus peores enemigas. Uno debe aprender a alejarse de aquellas personas que no son buena compañía y que nos enseñan hacer cosas malas. Yo tuve que aprender eso con el tiempo.

De esos años, cuando estábamos por graduarnos, recuerdo también cosas lindas. Empezamos a ensayar el vals para nuestra ceremonia de graduación. Era divertido compartir esos momentos con los amigos y amigas. Llegó el día de la graduación y todos los egresados bailamos el vals y recibimos nuestros documentos. Con esa ceremonia concluía un ciclo muy importante en mi vida y comenzaba otro: el de la secundaria.

El primer día de clases en una nueva escuela fue muy raro. Yo me sentía incómoda y extrañaba la primaria, lo cual era un poco loco porque cuando estaba en la primaria quería estar en la secundaria y ahora que ya estaba en la secundaria, me daban muchas ganas de regresar a la primaria. Al final, tuve que acostumbrarme a esa nueva etapa y después me pareció muy divertida. Mi maestra fue la maestra Mileyvi. Durante el primer grado en la secundaria me sentía pequeña con los demás que estaban en segundo. Me daba pena pasar delante de los chavos más grandes por miedo a que hablaran mal de mí. En esta etapa uno de mis obstáculos más grandes fue la inseguridad. No me sentía segura de lo que hacía o decía y me preocupaba mucho por lo que los demás pudieran pensar de mí. Pero una oportunidad muy importante cambió mi vida porque la maestra Mileyvi me inscribió en un programa llamado PAUTA.

La primera vez que nos reunimos tuve que viajar por primera vez sola, sin mis papás, con otras compañeras del mismo programa, pero que nunca antes había visto. En esa ocasión me sentía muy nerviosa e insegura. Me daba miedo hablar con mis compañeras, así que no les dije nada. Ellas me hablaron de cualquier modo y yo tuve que contestarles y, conforme platicábamos, las iba conociendo e iba perdiendo el miedo a comunicarme. Mis compañeras eran Jessi, Nayeli, Valeria y Karina. Cuando llegamos a San Cristóbal de las Casas yo ya estaba muy emocionada, pues era la primera vez que llegaba a un lugar fuera de mi comunidad y me gustó mucho. Llegamos al hotel "Las Flores". Nunca antes había estado en un hotel y para mí ese hotel me parecía maravilloso. Así eran los encuentros que organizaba PAUTA. Cada vez que nos citaban yo viajaba y me sentía cada vez más segura de mí misma. Gracias a PAUTA me fui sintiendo más segura e independiente lo cual representaba un gran aprendizaje, pues mi mayor obstáculo era vencer mi inseguridad, lo cual logré hacer poco a poco. Y si yo pude vencer mi inseguridad, creo que otros lo pueden lograr también. A mí me ayudó

tener esta experiencia de viajar sola, sin mis papás, pues me llevó a conocer nuevas cosas que nunca había visto. Yo aconsejaría esto a otros que también tienen miedo y se sienten inseguros. Eso fue en el primer año de secundaria.

En el segundo año de la secundaria entró a mi salón una niña que era muy inteligente y sentí miedo, pues en el primer año yo había sido una de las más inteligentes y temí que ella fuera mejor que yo. Y ese fue mi error, pues constantemente me comparaba con ella y ella siempre salía mejor, haciéndome sentir inferior. Después entendí que no debía compararme, pues, tal vez ella, Karla, debía ser buena en muchas cosas y yo podía serlo en otras en las que ella no. Ambas somos únicas y somos diferentes. Nadie debe compararse con otra persona pues todos somos buenos en algo y en otras cosas no. Todos somos únicos. Eso me tocó aprender en ese año.

En el tercer año de secundaria celebré mis quince años. El día de mi cumpleaños fue maravilloso y me sentí muy feliz. Creo que todas soñamos con nuestra fiesta de quince años y mis papás me celebraron ese día con una fiesta que nunca olvidaré. Pero algo muy doloroso pasó solo unos días después, cuando vi a mi mamá llorar por culpa de mi papá. Cuando le pregunté qué era lo que pasaba, ella me contó muchísimas cosas que hubiera preferido nunca saber. Sentí que me moría, que todo ese dolor me sobrepasaba. Se derrumbó la imagen que tenía de mi familia como una familia feliz y comprendí que otras personas de mi familia no eran felices. Fue algo muy difícil de superar, pero, como las otras veces, lo tuve que superar y seguir adelante.

De nuevo, unos meses antes de que fuera la graduación de secundaria empezamos a ensayar el vals y nos divertimos mucho. La graduación fue muy especial. El obstáculo al que me enfrenté ese año fue, nuevamente, sentirme insegura, pues no sabía qué debía hacer después de la secundaria. Tomé la decisión de seguir estudiando la preparatoria, aun cuando eso implicara estar lejos de mi casa. No estaba muy segura

de que fuera la mejor decisión pero estaba dispuesta a enfrentar lo que tuviera que enfrentar. El día de la graduación fue un día feliz y triste a la vez, pues dejaría de ver a mis amigos. Pero todo ciclo debe acabar y yo debía continuar con mis estudios. El 3 de agosto fue un día muy importante para mí porque ese día me despedí de mi familia y me vine a vivir a San Cristóbal de las Casas. Fue una despedida muy difícil pues me sentía triste e infeliz y no podía dejar de llorar y de pensar si esa era la mejor decisión. Estaba en una ciudad que no conocía, sin mi familia y me sentía muy mal, aun cuando comenzaron las clases en la preparatoria y me gustaban. No era feliz porque extrañaba a mis papás. Hasta que un día me puse a pensar que esto debía pasar tarde o temprano; debía separarme de mi familia para aprender a ser independiente. No ganaba nada llorando todo el día. Era mejor si aprovechaba esa oportunidad y luchaba por mis sueños. Y aquí estoy. No me detendré hasta lograrlo. Ese día decidí luchar por mis sueños, aprender a ser independiente y enfrentar las dificultades que se me presenten sin miedo. Para nadie es fácil lograr sus sueños, así que vale la pena luchar por alcanzar las metas propuestas sin importar los obstáculos. Puedo ser fuerte y valiente y triunfar.

Lo que he aprendido gracias a todo lo que me ha pasado es que alcanzar nuestros sueños y el éxito no es fácil. Siempre encontraremos muchos obstáculos pero de uno depende vencerlos con determinación, o, dejar que ellos nos detengan y acaben con nuestros sueños. En uno está la decisión, solo falta valentía para seguir luchando.

A quienes se identifican con mi historia, les puedo decir:

- Aun cuando no lo creas, tienes las fuerzas suficientes para salir adelante y lograr lo que quieres.
- Que el pasado no te detenga. Deja lo que te lastima en el olvido y sal adelante.
- Vence tus temores. No dejes que ellos te venzan a ti.
- Las experiencias más duras te hacen más fuerte.
- Aprende a alejarte de las personas que no te hacen bien.
- No te compares nunca con alguien más, pues cada quien es único y valioso.





A large, stylized white letter 'V' is centered on an orange background. The background is decorated with a grid of thick, pink, hand-drawn lines. The letter 'V' has a white rectangular box at its top, containing the name 'VIRIDIANA GUADALUPE' in orange, uppercase letters.

VIRIDIANA  
GUADALUPE



Me llamo Viridiana Guadalupe, soy de la comunidad La Esperanza, del municipio de la Trinitaria, Chiapas, y les contaré mi historia.

Empezaré por contarles que solo cursé un año de preescolar, pues entonces vivíamos en Cuernavaca, Morelos y mis papás no querían que fuera a la escuela tan chiquita, por temor a que me pasara algo. Entonces, solo cursé el tercer grado cuando ya era un poco más grande. Entrar a la primaria, ahí mismo en Cuernavaca, fue una experiencia difícil para mí, pues mis compañeros se burlaban de mi manera de hablar, porque soy morena y porque era de otro Estado, y eso me hizo ponerme muy triste. Yo no le quise contar a nadie sobre cómo me sentía, hasta que un día mi maestra se dio cuenta de lo que estaba pasando y ella habló con mis papás. Con el apoyo de mis papás y con el tiempo fui sintiéndome mejor. Años después regresamos a la comunidad y ahí cambiaron las cosas: todos me hablaban y yo me hice amigable. Por eso me gané la confianza de todos aquellos que ahora son mis amigos.

Algo que afectó mucho a mis estudios fue que murió mi prima, pues nos apoyábamos mutuamente y yo me desanimé mucho por su ausencia. Pero, nuevamente, gracias a mis papás, pude seguir adelante. Así, terminé la primaria. Luego, mis papás se opusieron a que siguiera estudiando y yo lloraba y les pedía que me dejaran continuar con la secundaria. Y estuve a punto de darme por vencida, cuando mis

hermanos me apoyaron en lo económico y pude seguir mis estudios en la telesecundaria. Luego, mis papás se convencieron de que era lo mejor para mí y también me apoyaron para que continuara con mis estudios. Sin embargo yo fui la que en un momento quise salirme de la escuela porque les caía mal a mis compañeros. Le pedí a la maestra que me cambiara de salón, pero ella me dijo que no, que debía entender que los que debían de cambiar eran mis compañeros, pues no estaba bien que despreciaran a alguien. Ahí fue cuando dudé de si debía salirme o no. Al final, esperé a ver qué pasaba. Con el tiempo, mis compañeros fueron cambiando y me fueron hablando y se volvieron mis amigos. Ahora nos queremos y nos apoyamos mutuamente.

He de confesar que durante la secundaria hubo momentos en los que me aburría muchísimo haciendo las tareas y solo quería dormir. Incluso pensé que iba a reprobar, pero no fue así; fui la quinta mejor estudiante en el primer año y tuve la calificación más alta en el tercer año.

Ahora, más que nunca, quiero estudiar para ser alguien en el futuro y, sobre todo, para ayudar y motivar a mis compañeros a que se esfuercen y logren sus sueños, porque yo di ese paso gracias a que estoy en PAUTA. Con el apoyo económico que PAUTA me da, compro mis materiales. Con las conferencias que nos comparten las científicas, me motivo a seguir su ejemplo. Quiero confiar en mí y no hacer caso a los comentarios de la gente que solo me quiere lastimar. Y, como dicen por ahí, si yo quiero, yo puedo.

He aprendido que debo valorar y respetar a las personas que me han apoyado durante este camino, sobre todo aquellas que me han ayudado a no hacer caso a las personas que solo intentan lastimar con sus comentarios. Yo casi me dejé vencer por ellas pero logré mantenerme en mis propósitos y ahora quiero ayudar a otros a que también continúen luchando por sus metas.

Por eso, a las personas que comparten mi historia les recomendaría:

- No hagan caso a aquellas personas que no los quieren. Solo intentan lastimarlos.
- Valoren el apoyo de sus papás pues es lo que al final les permitirá seguir adelante.
- Ayuden a otros pues pueden estar pasándola mal y ustedes se pueden convertir en el apoyo que requieren para alcanzar sus metas.



**VALERIA  
GUADALUPE**



Me llamo Valeria Guadalupe y vivo en la Colonia Francisco J. Mujica, del municipio de Comitán. A unos meses de nacida, mi papá se tuvo que ir a Estados Unidos Americanos a trabajar y me quedé con mi mamá y mis abuelos. Siempre me hizo falta mi papá.

Tiempo después entré al preescolar pero me sentía mal porque no tenía a mi papá cerca. Lo que sí es que mis abuelos me cuidaban y me querían. Tenía a mi abuelo Guadalupe que se ponía a jugar conmigo, me cantaba, me ayudaba con las tareas y se ponía a platicar conmigo de todo lo que le había pasado. Estaba muy acostumbrada a su presencia, pero desgraciadamente falleció y lo extraño mucho. Cuando pienso en los años de preescolar me acuerdo de mi abuelo Guadalupe.

Entré a la primaria y me encantaba ir a la escuela. Durante los seis años que estuve ahí saqué el primer lugar de aprovechamiento, pues tuve la fortuna de llevarme bien con mis maestros y compañeros. Solo éramos siete alumnos en mi generación: cinco niñas y dos niños. Cuando nos íbamos a graduar de primaria queríamos bailar el vals en la ceremonia final pero como éramos tan poquitos y no podíamos armar parejas, tuvimos problemas para organizar el baile. Aun así, tuvimos nuestro vals y nos divertimos.

Al entrar a la secundaria seguía triste porque mi papá no estaba conmigo. Hasta que un día un señor tocó a la puerta de mi casa, yo

abrí y me pareció como cualquier señor, pero luego mi mamá me dijo que ese señor era mi papá. Yo nunca lo había visto antes y no lo podía creer. Después, me puse a llorar de alegría al saber que, después de tantos años, al fin, mi papá había regresado. Nos abrazamos y nos pusimos felices de estar juntos. Luego, seguí triste, pero porque mis papás tuvieron dos hijos más y yo no quería tener hermanos pues yo estaba acostumbrada a ser el centro de atención de todos. También estuve triste esos años porque mi papá y yo no nos llevábamos bien, quizá porque no había crecido con él. Siempre nos contradecíamos y yo creía que él no me quería. En la escuela, como siempre, me iba bien y seguía obteniendo los primeros lugares. Mis compañeros a veces se enojaban conmigo porque tenía buenas calificaciones y ellos no. Pero, aun así, sentía que en la escuela todo estaba bien. Por eso, en esos años de secundaria que no me parecieron buenos, me refugié en los estudios.

Al salir de la secundaria yo quería seguir estudiando. No me quería quedar en la Colonia como muchas muchachas lo hacen. Yo quería salir. Mis papás no estaban de acuerdo porque donde yo vivo no había bachillerato pero insistí tanto que mis papás terminaron por apoyarme. Me costó mucho, pero lo logré. Así entré a un bachillerato que está a media hora de la Colonia en donde vivo. Y aunque muchos me dijeron que no iba a lograr entrar, yo sabía que sí podía y lo logré.

En mi primer semestre no me fue tan bien como yo esperaba porque hacíamos las tareas en equipo y las muchachas con las que estaba no trabajaban nada y yo me hacía cargo de lo que podía. Como no podía con todo me bajaban la calificación. Así que, al terminar el primer semestre, yo ya estaba harta. Al entrar en el segundo semestre decidí separarme de ellas. Me costó trabajo tomar esa decisión pues ellas eran mis compañeras desde preescolar, pero yo quería que me fuera bien en la escuela, así que les tuve que decir adiós. Ellas lo tomaron a mal y me dejaron de hablar. Eso me dolió mucho pero yo ya no quería seguir sacando malas calificaciones. Luego, encontré nuevos amigos

que sí les gustaba trabajar y que eran buena onda y durante todo el segundo semestre tuve diez. Yo estaba feliz.

Sigo en el bachillerato y hasta ahorita todo va bien. No me quedaré estancada por nada del mundo. Por más dura que sea la situación saldré adelante pues quiero demostrarle a todos aquellos que no confiaron en mí que sí puedo. Quiero ser, además, un orgullo para mi familia y un ejemplo para mis hermanitos.

Yo enfrenté situaciones difíciles pero no me dejé vencer por ellas y seguí adelante. Después de todo, sé que mis papás sí me quieren y quieren lo mejor para mí. Aprendí que debo fijarme, también, con quién me junto, pues si son personas a quienes no les importo podría salir lastimada. Por eso, a las personas que se sientan identificadas conmigo, les aconsejo lo siguiente:

- No se den por vencidos.
- Confíen en sus padres aun cuando parezca que no piensan igual. Confíen en ellos.
- Luchen por sus metas.



A stylized white silhouette of a rabbit's head is centered on a green background. The background is decorated with a repeating pattern of thick, pink, geometric shapes that resemble stylized letters or symbols. The rabbit's ears are large and pointed upwards, and its face is rounded with a small opening at the bottom. The text "DIANA VANESSA" is printed in pink, uppercase letters across the middle of the rabbit's face.

**DIANA  
VANESSA**



Mi nombre es Diana Vanessa y mi historia comienza cuando mis padres me concibieron. Ellos no sabían cómo sería, qué haría o cómo me comportaría. Aun así, con todo el amor, ellos me tuvieron. Nací y crecí en Teopisca, Chiapas. Cuando fui creciendo, mis papás decidieron darme la oportunidad de ir a la escuela y me inscribieron en el preescolar. Yo, como cualquier niño pequeño, no veía los problemas que ellos pudieran tener o quizá no los comprendía. Por eso, recuerdo esa época sin obstáculos. Al contrario, todo fue bueno: aprendí muchas cosas, conocí personas nuevas, tuve muchos amigos y muchas alegrías. Lo único triste es que, al final, tuve que dejar el preescolar. Después, ingresé a la primaria y comencé una nueva etapa. Me encontré con nuevos amigos y buenos profesores. Primero y segundo fueron años sin obstáculos donde aprendí muchísimo y todo me pareció interesante. El tercer año se me hizo un poco más difícil. El cuarto grado fue el mejor pues conocí verdaderos amigos pero tuve un gran obstáculo: mi papá tuvo un accidente de trabajo que lo puso muy grave. Casi muere, pero afortunadamente se recuperó. Sin embargo, no podía trabajar y, como no había dinero en casa, se me dificultaba seguir en la escuela a mí y a mis hermanos. Ya en quinto conocí a un excelente profesor con el que aprendí muchísimo y que me inscribió a PAUTA. Y aquí empezó lo interesante en mi vida: PAUTA organizaba conferencias donde tuve la oportunidad de conocer a grandes

personalidades y, gracias a eso, desde muy pequeña, empecé a adquirir muchos conocimientos interesantes. Con todo esto, sexto grado fue también un buen año. Durante toda la primaria fui siempre una chica aplicada con buenos promedios.

Luego me inscribí en secundaria, que también la estudié en mi comunidad. Para mí fue más emocionante que la primaria porque la recuerdo llena de aventuras, travesuras, inquietudes, alegrías, felicidad, tristezas, dudas y sorpresas. En el primer año conocí nuevos amigos que formarían parte de mi vida por tres años y que serían amigos verdaderos. En secundaria no tuve ningún problema por rivalidades con compañeros por las calificaciones, pues muchos le poníamos ganas a los estudios. Por otra parte, a mí siempre me gustó el deporte y en segundo grado tuve la oportunidad de pertenecer a la selección de fútbol de la escuela. Gracias a eso tuve la oportunidad de jugar en un torneo estatal de fútbol y de ahí me escogieron para pertenecer a la selección del Estado. Pero mis papás no me dejaron ir porque ellos querían que me involucrara más en los estudios y no en los deportes. Por eso, el tercer año de la secundaria fue un poco triste. Además, fue el año en el que tuve que despedirme de mis amigos al graduarnos de la secundaria.

Mis papás me impulsaron para que siguiera estudiando. Por una parte, yo si quería, pues desde niña había pensado estudiar para ser química fármaco-bióloga y, desde entonces, jugaba a sacarles sangre a las muñecas. Pero, por otra parte, me preocupaban los obstáculos a los que me pudiera enfrentar. En mi comunidad había un bachillerato, pero a mí no me llamaba la atención estudiar ahí, así que busqué en internet dónde podría estudiar e irme acercando al área químico biológico y encontré otra escuela fuera de mi comunidad. Yo quería ir a esa otra escuela. Mis papás tenían miedo de que saliera a los quince años de casa. ¿Y si algo me pasaba? También se ponían a pensar en lo económico, en los gastos que podían venir con las tareas y los gastos

de traslado y me dijeron que no estaban seguros de dejarme ir a la escuela que yo quería. Yo me puse triste. Pero, luego, mis papás, que confiaron en mí y creyeron que soy capaz de lograr lo que me propongo, me dijeron que hiciera el examen de admisión y que si pasaba me apoyarían para que fuera. Y así fue. Presenté el examen y lo pasé y estoy ya en la escuela que quiero, en el área de estudio que quiero. Eso sí, no es fácil: ahora tengo que levantarme muy temprano para llegar a la escuela que está fuera de mi comunidad. También, por el área en la que estoy necesito libros y materiales que cuestan mucho dinero. Todo ha sido nuevo, pero he aprendido mucho. Desgraciadamente, ahora, mi papá no tiene empleo y nos está costando más trabajo. Pero toda mi familia me apoya y nos estamos organizando para salir adelante. No hay nada imposible. Y eso es lo que he aprendido: si la vida nos pone barreras nuestro reto es destruirlas y lograr nuestras metas. PAUTA me sigue apoyando y me sigue motivando a seguir adelante. Espero terminar mi bachillerato y pronto estudiar mi carrera. Eso me emociona.

A quienes se sientan identificados con mi historia, les puedo decir lo siguiente:

- La vida siempre nos pondrá barreras para probarnos, pero si uno quiere realmente lograr algo en la vida se tiene que esforzar y dar lo mejor de sí. Destruye los obstáculos uno por uno. Pide ayuda a personas que sepan y a quienes les tengas confianza. Pregúntales cómo superar el obstáculo y sigue adelante.
- Las cosas no nos saldrán a la primera por lo que tendremos que intentar e intentar hasta que nos salga. Y eso está bien. Es parte de esforzarse.
- Si alguien les deja de hablar y eso los pone tristes no se queden con esa sensación. Mejor sonrío y esas sonrisas atraerán más sonrisas. Ya hay personas que los hacen felices como sus padres, y habrá muchos otros amigos que también los hará felices. Sigán adelante.





VERÓNICA





Mi nombre es Verónica. Yo soy de una comunidad muy lejana, de una familia campesina e indígena, 100% hablantes de tsotsil. Mi mamá no sabe leer ni escribir. Mi papá terminó la primaria y habla y escribe un poco el español. En la familia somos seis hijos y yo soy la menor. Tengo cuatro hermanos y una hermana. Los dos hermanos mayores terminaron la primaria, se casaron jóvenes y se quedaron a vivir en la comunidad. Mi hermana, la tercera en nacer, se casó a los quince años. Recuerdo ese día; yo tenía cinco años de edad. Mi hermano, el cuarto en nacer, terminó el bachillerato. Y el quinto de mis hermanos terminó la licenciatura en Trabajo Social. Yo apenas estoy en la licenciatura, esforzándome en conseguir lo que quiero. Más adelante les contaré si lo logré.

Por ahora, quiero contarles que cuando yo era pequeña pasaba mucho tiempo en casa. Me acuerdo, entonces, que mi papá era muy violento; le pegaba mucho a mi mamá y también nos pegaba mucho a nosotros, solo por jugar o gritar en el juego. Eso no le gustaba a mi papá; él quería que en la casa hubiera un absoluto silencio. Y cuando él iba y tomaba se ponía más violento. Me acuerdo que salíamos a escondernos con mis hermanos y mi mamá para que no nos encontrara. Y así pasaron los años. Fueron tiempos difíciles, pero logramos seguir adelante.

Les contaré de cuando entré a la primaria. Yo era una niña obediente y de buena conducta. Bueno, lo sigo siendo. Yo no cursé preescolar.



Me hubiera gustado cursarlo, pero mi casa se encontraba a una hora de la escuela. Envidio a los que sí pudieron asistir. En todo caso, ingresé a la primaria a los seis años, pero era más pequeña que los demás. Por eso sufría de bullying; mis compañeros me pegaban y arrancaban las hojas de mi libreta y yo ya no podía estudiar. Tuve que suspender la escuela por dos años, porque ya no quería ir, tenía miedo. Regresé a la primaria cuando tenía ocho años, acompañada de mis primas que también tenían ocho años de edad. De hecho, la mayoría de mis compañeros también tenían esa edad. Recuerdo el primer día de clase de esa segunda vez que fui a la escuela: al principio no quería separarme de mi mamá porque me acostumbré a estar con ella y me puse a llorar. Lloré mucho porque quería regresar a la casa con ella. Pero me quedé en la escuela y entendí que tenía que separarme de mi mamá y dedicarme a los estudios. Aun así, por muchos días seguía esperando la hora de la salida para poder regresar a casa y estar con mi mamá.

Recuerdo a mi primer maestro, el de primero de primaria. Era un excelente maestro, nos enseñaba bien y yo aprovechaba para aprender mucho de él porque mi sueño o vocación, en ese entonces, era ser una educadora también. En el salón yo era una buena alumna, tanto en la calificación como en la conducta. Yo era la única que no recibía castigo pero le pedía al maestro que me castigara también, por mi propia voluntad, para que mis compañeros y compañeras no se sintieran solos.

Me cambiaron de profesor hasta el tercer grado. Conocí, también, a nuevos compañeros y compañeras que debían repetir el año. Nos asignaron a la maestra Manuela. Ella también nos enseñó bien. Incluso recuerdo cuando nos enseñó a leer la hora en el reloj, según apuntaran las manecillas hacia los números de la hora, el minuto y el segundo. Creo yo que ese fue un aprendizaje significativo, pues para mí fue difícil de comprender en ese momento, aunque ahora resulta obvio y fácil. Aún se ríen de mí por decir lo mucho que esto me impactó. Mi maestra nos enseñó de manera que pudiéramos comprender y fue fácil aprender eso y otros temas.

Ese año encontré a mis mejores amigos, amigas y a mis enemigas también. Me acuerdo que volví a sufrir otra vez: me pegaban, hablaban mal de mí por ser buena alumna y por tener amigos hombres, porque antes decían que una mujer no podía hablar con un hombre, a menos que fuera su primo o un pariente. Pero yo no pensaba lo mismo y por eso era la única que tenía amigos hombres en la escuela. Pagué las consecuencias por eso. El cuarto y el quinto año de primaria fueron también de mucha violencia. Para entonces, de nuevo, ya no quería ir a la escuela, pero no me quedaba de otra pues era la única escuela que existía en el pueblo y, además, me gustaba mucho estudiar. Así que aguanté esos años. Ya para el sexto año, las cosas cambiaron. Las que eran mis enemigas se volvieron mis mejores amigas y pude terminar feliz la primaria.

Inicié la secundaria con muchas ganas pero se me hizo más difícil pues en la primaria no me habían enseñado bien a hablar español. Mejor dicho, no sabía hablar español, pero sí comprendía lo que me decían los maestros. Ya se imaginarán lo difícil que era para mí. Yo quería hablar con los maestros pero no podía, porque no sabía qué decirles. Llegaba a mi casa corriendo a decirle a mi mamá que me urgía aprender a hablar español, pero mi pobre madre no podía hacer nada. Ella no sabe hablar español. Por las noches yo lloraba y le pedía a Dios que me ayudara. En el primer y segundo año de secundaria yo solo sabía contestar un sí y un no. Había tres de mis compañeros que eran de otra comunidad y sabían hablar un poco más de español. A ellos les ponía atención cómo se comunicaban con los maestros. En el segundo grado me hice amiga de ellos y llegamos a ser muy buenos amigos. Aprendí un poco con ellos, pero tenía miedo de comunicarme con mis maestros. Lo que más me sorprendía era que, igual, me iba bien en las calificaciones. Yo iba atrás de los más aplicados. En el primer año yo estaba en el tercer lugar, en el segundo año ocupé el segundo lugar y en el tercer año saqué el primer lugar. No sé cómo lo hacía, pero ahí iba también, a pesar de que tenía muchos problemas tanto personales como familiares,

pero era lo de menos, no les hacía caso aun cuando en casa me la pasaba llorando. Pero la escuela y mis amigos eran mi consolación, me ayudaban a distraerme y, además, confiaba mucho en Dios. Tenía muchos problemas en casa: mi papá no me comprendía; él tomaba y le pegaba a mi mamá. Mi hermano solo escuchaba a su mujer, quien me criticaba por estudiar. Ella decía que estudiar era solo para buscar marido y que yo no lo estaba haciendo. Se enojaba porque no me levantaba temprano para tortear y por eso los dos decían que yo no debía comer en casa, porque no hacía lo que me tocaba. No entendían que yo me desvelaba haciendo la tarea. Sufría mucho. Pero gracias a eso, a lo mucho que sufría, tuve el impulso para seguir adelante y dejar los problemas que tenía. Cuando estaba en tercero de secundaria estaba segura de que iría al bachillerato. Además, mi sueño era ser una gran científica, porque mi maestro de ciencias y asesor, nos preguntaba que queríamos ser. A mí me iba muy bien con las matemáticas y me gustaban las ciencias naturales y los experimentos que hacíamos en el laboratorio. Por eso estaba muy emocionada con lo que quería ser. Y estaba emocionada por seguir con el bachillerato. Todavía no sabía que PAUTA me iba a apoyar económicamente para seguir mis estudios. Solo sabía que estaba dentro del equipo por tener buenas calificaciones. Llegué a pensar que al terminar la secundaria dejaría ser parte del equipo.

Sin pensar en cómo le iba a hacer con los gastos (la renta, el transporte y los materiales que necesitaba) y sin preguntarle a mi papá si me dejaba ir a estudiar el bachillerato, fui a sacar la ficha para poder presentar el examen e ingresar al CECYT de Chenalhó, Chiapas. Pasé el examen y me inscribí y, cuando faltaba poco para egresar de la secundaria, le dije a mi papá que seguiría estudiando. Creí que su reacción sería como la de los demás y que me diría que una mujer no tiene por qué estudiar, pero gracias a Dios no fue así. Mi papá me dijo que era libre para tomar mis decisiones, siempre y cuando estudiara de verdad.

Le dije que así sería y, desde ese momento, me quedé tranquila y feliz, aunque preocupada por los gastos, aunque eso era lo de menos.

Llegó el momento de ingresar al bachillerato, comenzar un nuevo ciclo, abrir una puerta más y dar el siguiente paso. Llegué sin conocer a nadie; vi que mis compañeros hablaban muy bien español y a mí se me dificultaba mucho aún. Quería integrarme y ser parte del grupo pero sentía miedo a la hora de hablar. En la tarde, cuando regresaba al lugar en donde me quedaba a dormir, sentía una soledad absoluta. Necesitaba y extrañaba mucho las palabras de mi mamá, quería regresar a su lado. Pero entendí que debía aprender a estar y caminar sola, que no podía llevar a mi mamá a todas partes que fuera, pero sí podía llevar sus palabras y estas me darían ánimo. Le pedí a Dios que me ayudara a ganarme la confianza de mis compañeros y así pasó. Poco a poco encontré amigos y amigas y me sentí mejor. Luego, en la escuela me empezaron a pedir los materiales y el uniforme y sentí miedo de no poder seguir adelante, pues no contaba con el apoyo económico de mis padres, no porque ellos no hubieran querido ayudarme sino porque ellos no tenían de dónde sacar dinero extra. Mi padre es un campesino que solo saca lo necesario para el consumo diario de la familia y, a veces, ni para eso alcanza. Mi mamá me podía dar un poco de dinero, que ella estiraba de la beca que recibía de oportunidades (un apoyo que otorga el gobierno). Pero eso no ajustaba. Por eso yo trabajaba en la misma casa donde yo me quedaba a dormir.

Cuando estaba en el cuarto semestre del bachillerato, mi maestro de la secundaria, el mismo que me fomentó el gusto por la ciencia, me buscó para ver si quería ser parte, otra vez, del equipo PAUTA. Me dijo que recibiría, de nuevo, un apoyo económico para continuar mis estudios. Yo le dije que sí, toda emocionada y contenta. A los dos meses me fueron a buscar a la escuela para darme la beca, sin haber entregado ningún papel ni haber cumplido ningún requisito. Fui apoyada porque quería ser científica. Dos meses después, fueron de nuevo a visitarme

y me entregaron una mini laptop para que pudiera hacer mis tareas. Luego empecé a llegar a los encuentros mensuales que organiza PAUTA y conocí ahí a las demás compañeras que también son becarias de PAUTA. El apoyo económico me ayudó muchísimo para solventar los gastos y los talleres que nos impartían me ayudaron a perder el miedo, a participar más en clases, a completar lo que aprendía en algunas materias. Fue un apoyo completo. Gracias a este apoyo obtuve el primer lugar de aprovechamiento en el bachillerato, pero sé que eso no me hace buena persona. Lo que me hace buena persona es todo lo que aprendí y lo mucho que he valorado la ayuda que me han dado.

Ahora les contaré del lugar en donde estoy actualmente. Estoy en la universidad, cursando la carrera en Planeación del Desarrollo Rural. Es una carrera de cinco años. Ahora tengo nuevos amigos y amigas pero no he dejado de ver y apoyar a mis amigos del bachillerato. Amo y disfruto mi carrera y me encanta que entre mis compañeros y yo nos apoyamos, económica y moralmente, para salir adelante. Siento que tengo una segunda familia. Me siento plena, con vida. Es verdad que no son puras alegrías; hay también momentos de oscuridad. Pero así es la vida, cada día te enseña cosas nuevas que no son ni buenas ni malas. Cuando ingresé a la universidad de nuevo me preocupé, pues no sabía de dónde sacaría dinero para los gastos de la carrera. Pero lo que más me importaba era sacar adelante la carrera y terminarla. Ante todo problema, siempre hay una solución y siempre hay muchas oportunidades para ir por distintos caminos; lo importante es que tengamos ganas de seguir adelante y tengamos bien claro qué es lo que deseamos. PAUTA me ha seguido apoyando y he podido continuar con mis estudios.

Otro momento de oscuridad fue cuando me di cuenta que sí me ha afectado mucho no tener una buena comunicación con mi papá. Me di cuenta que, si bien él no me comprendía, yo tampoco lo hacía y no le tenía confianza. Seguía teniéndole miedo por lo violento que era cuando era niña. Sentía que para él yo no existía. Pero comprendí que

no debo odiarlo y que debo agradecerle que, sin él y sin su apoyo, yo no podría estar en donde estoy. Incluso, su comportamiento violento me impulsó a estudiar más y a salir adelante. Cuando comprendí esto, sabía que debía acercarme más a él y creo que ahora lo estoy logrando. Cuando tienes muchos problemas, estos mismos te empujan a salir adelante. Los problemas, en realidad, son oportunidades para aprender. No hay que dejarnos vencer. Debemos ser fuertes y seguir adelante. Sé que vendrán más tiempos de oscuridad, porque sé que así es el camino de la vida. Pero también sé que hay muchos momentos de luz esperándome.

Terminaré mi carrera y seguiré estudiando. Estudiaré por el resto de mi vida. Deseo aprender. Y aprender no solo se logra en la escuela; también se necesita saber escuchar, sentir, observar y experimentar con la realidad que nos rodea, cuestionarnos sobre lo que pasa a nuestro alrededor, ver lo que hacen los demás y aprender de ellos. Y uno no debe estudiar solo por uno mismo sino para retribuir, es decir, para ayudar a los demás y a nuestro planeta y así poder lograr la armonía y la paz de la que hablan los tsotsiles y tzeltales al hablar del “lekil kuxlejal”, el “buen vivir”. Sigue adelante, es momento de que tú también defiendas tu sueño. No te dejes vencer, levántate y persiste.

Gracias a todo esto que he vivido, aprendí que todos tenemos derecho a seguir nuestros sueños, seamos hombres o mujeres. Ante las críticas de los demás, siempre hay que poner oídos sordos y seguir adelante. He tomado las decisiones necesarias para persistir en mis metas y las he alcanzado una a una. Aprendí a perdonar y a ayudar a otros que tienen una historia parecida a la mía. He aprendido mucho. Por eso, a todos los chicos y chicas que puedan encontrarse en una situación similar les puedo recomendar que:

- Deben dedicarse a lo que les gusta. Esto les motivará siempre a seguir adelante.

- Deben tener claro cuál es su meta. Si lo tienen claro, podrán insistir hasta que logren alcanzarla.
- Son tus decisiones las que te permitirán encontrar la salida a cualquier problema que se te presente. Es cuestión de animarte y decidirte.
- Apóyate en los demás, siempre habrá alguien que te diga lo que necesitas para seguir adelante.
- Sean pacientes. Las oportunidades siempre se presentan pero es necesario tener la calma para identificarlas y tomarlas.





*Mujeres tras un sueño por la ciencia*, se terminó de imprimir  
en los talleres de Ultra Digital Press en la Ciudad de México.  
Para su formación se usaron los tipos Bree Serif e  
ITC Oficina Serif Std.





193777



219000011937771